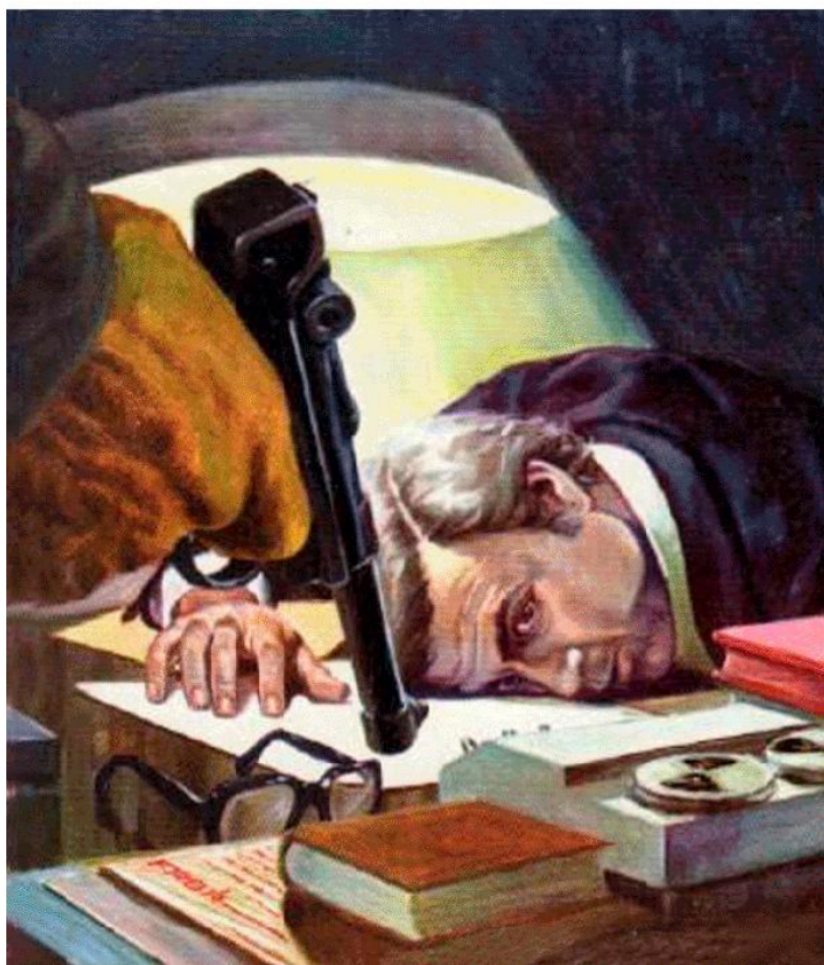


BOLSILIBROS  
BRUGUERA  
**SORTEO DEL  
MILLON**  
PUNTO  
**ROJO**

# un crimen y... mucho imaginación

vic logan





COLECCION

# PUNTO ROJO







**YA ESTA A LA VENTA**  
**LA NUEVA SERIE**

**SELECCION**

**TERROR**

Creada para aquellos  
lectores que poseen nervios de  
acero y no temen traspasar las fron-  
teras de lo irreal y adentrarse en  
un mundo desconocido, aterrador  
como una pesadilla, apasionan-  
te como la más increíble de las  
aventuras.





VIC LOGAN

## **UN CRIMEN Y MUCHA IMAGINACION**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 599  
Publicación semanal  
Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





Déposito legal: B 29.135 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1973

© VIC LOGAN - 1973

texto

© SALVADOR FABA - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.208. — Diario de un hombre asesinado.

En Colección PUNTO ROJO:

591. — El forastero de la ciudad olvidada.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

761. — Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

766. — Los salvajes de Río Grande.



*Al lector capaz de descubrir al asesino de este relato, le será reembolsado el dinero de la novela.*

*Es condición que nos remita el nombre del culpable, antes de sobrepasar la página 110, de las 128 de que consta la narración.*

*Confiamos plenamente en la honradez de nuestros lectores.*

## CAPÍTULO PRIMERO

Así rezaba el largo *slogan* publicitario que había hecho famoso a John Stuzzi cuando, diez años antes, se inició en la doble tarea de escritor y editor.

Ahora podía vanagloriarse de ello, mostrando los marcos donde, tras un cristal, y escrito en papel pergamino, figuraba el prólogo de sus primitivas novelas, que aún seguía en vigor para ciertas ediciones.

En lugar del sombrío despacho, impregnado de olor a papel y humo de cigarrillo barato, ahora disponía de un edificio de seis plantas visibles, destinadas a oficinas y coordinación, y otras dos subterráneas para la impresión de su cadena de publicaciones, que eran distribuidas a cincuenta estados y leídas por más de veinte millones de americanos. Lo cual también rezaba en otros tantos carteles, distribuidos por las distintas secciones que en estos momentos estaba mostrando a dos visitantes, futuros compradores de material.

Muy ufano de su propio genio, insistía en lo que jamás había ocultado a nadie.

—Aunque no lo crean, fueron muy pocas las cartas que reclamaban la devolución del importe, por haber reconocido al culpable. En cambio, abundaron las que fueron escritas por felicitar me por mi idea. Ése fue el comienzo de todo lo que ven, señores.

—¿Y qué hacía usted, si alguien aseguraba haber descubierto al asesino de uno de sus relatos policíacos? —inquirió uno de los presuntos clientes, representantes de la firma Sowlen, radicada en el medio Oeste.

—Pagar, naturalmente —sonrió Stuzzi.

—Pero... podía tratarse de un engaño. A buen seguro —insistió el hombre que había lanzado la pregunta a Stuzzi.

—¿Y qué? —repuso el editor—. Me reclamaban los veinte centavos de la novela. Yo, a cambio, me ganaba un lector. La propaganda se hacía sola. Pagando a una red de reclamos comerciales, me hubiese costado mucho más dinero y, a cambio, yo obtuve mucho más.

Ante la muda pregunta de los dos acompañantes, Stuzzi aclaró:

—Sí, señores. Vean esto... —Les mostró un amplio fichero electrónico—. Esto, antes, se limitaba a unas cajas metálicas, con fichas y nombres escritos a máquina.

Ahora es todo un computador el que retiene en la «memoria» más de un millón de fichas de lectores.

Como si fuese el primer maravillado de su idea, Stuzzi, hombre de baja estatura y ligeramente grueso, con escaso pelo en su cabeza, prosiguió:

—De mi primera lista de direcciones, conseguí esto. Es la labor de diez años. Aquí están las fichas de más de un millón de adictos a mis novelas, pero no son sólo nombres y calles. No. Hay algo más... A través de sus escritos, otra de esas máquinas los ha clasificado, y prácticamente podemos saber, en un momento determinado, cuáles son los gustos de cada uno de ellos, sus preferencias y su capacidad de intuición. Los tenemos agrupados por gustos, naturalmente. Pasen, pasen... Les mostraré otra cosa.

Ante el contenido asombro de los clientes, Stuzzi hizo pasar a los dos hombres a una dependencia contigua, ocupada casi exclusivamente de computadores. Indicando una de las máquinas, explicó:

—Esta selecciona una clase de argumentos.

—¿Es que... no tiene usted escritores? —preguntó uno de los representantes de la firma del Medio Oeste.

—¡Oh, claro! Pero todo evoluciona. Digamos que tengo la sección de ideas. La componen unos cuantos hombres de mi plantilla, que ocupan el piso sexto. Nadie les molesta. Cuando tienen un puñado de ideas seleccionadas, las pasan al computador, que resume la sinopsis y, de rechazo, vienen a parar a esta máquina. Ella nos dice a cuántos de los grupos de lectores de los que les he hablado antes, gustará la nueva idea, y cuántos son capaces de adivinar el final. Si la máquina responde que la idea es apta para más de un ochenta por ciento, y que sólo un veinte son capaces de

descubrir el final, la idea sirve. Es el resultado óptimo. Entonces la sinopsis pasa al grupo de especialistas que ocupan las plantas cuarta y quinta. Ellos confeccionan la novela en un papel especial, que esa otra máquina —y la señaló— cuida de corregir adecuadamente para que no surjan fallos y despistes tan lamentables como suelen ocurrir en muchos relatos de la competencia, en los que desgraciadamente quedan demasiados cabos sueltos y un sinfín de faltas de estética literaria.

—Nos habían dicho algo de esto, pero no pensábamos que pudiera ser posible, señor Stuzzi —dijo uno de sus acompañantes, expresando lo que sentía igualmente su compañero, que a su vez murmuró:

—Es tan maravilloso como increíble. La industrialización de las ideas. La mecanización de los escritores...

—Más que eso, señores... Es la previa adivinación de lo que va a gustar al lector de cada serie de colecciones... Porque lo mío ya no es solamente lo policíaco. Poseo la gama del Terror, las aventuras exóticas, relatos del viejo Oeste, iniciación al erotismo... Bien... Ustedes conocen perfectamente la gama de mis productos, y no están aquí por simple curiosidad. Lo sé. Como ustedes también saben que las producciones Stuzzi son las de mayor tirada en el país.

—Efectivamente, señor Stuzzi, y creo que ha llegado el momento de que hablemos de negocios. Sabemos que usted no tiene distribuidores, y que es necesario tratar esos asuntos directamente.

—En efecto. Es la única cosa que no he mecanizado.

Aunque puedo conocer de antemano la solvencia de mis clientes.

Y antes de pasar a su despacho, mostró una nueva máquina, adosada a un ángulo de la pared de la antesala. Sola, sin nadie que la manipulara.

—¿Ven esto? Sólo yo la manejo. Supersecreto.

—¿Qué es?

—Contiene las fichas completas de todos los libreros importantes del país. Su solvencia personal y su moralidad, entiéndase seriedad comercial, recursos, etc., etc.

—No deja usted nada al azar, señor Stuzzi —sonrió uno de los clientes.

—Alguien me dijo, hace tiempo, que no tenía imaginación, que

me dedicara a otra cosa completamente distinta a los libros... Fue un librero. Lo tengo también en ese fichero, con una anotación personalísima.

—Yo diría que le sobra imaginación.

—No es necesario que me adulen. Pasen, por favor, y hablemos de negocios.

A las cinco y media de aquella tarde, hora del cese de las actividades, la pareja de representantes seguía en el despacho de Stuzzi.

Su secretaria, la señorita Elma Longar, una preciosidad elegida entre cien y pico de aspirantes (elegida a dedo de Stuzzi), habló con el patrón, a través del megáfono:

—Si me necesita, me quedaré, señor Stuzzi.

—Gracias, Elma. Puedes marcharte. Yo todavía tengo algo que hablar con esos señores.

Elma salió del edificio, cuya puerta cerrada ya fue abierta por el portero, sin más preguntas. Si Elma no hubiese pertenecido a la plantilla, le habría sido necesaria una ficha especial, facilitada por Stuzzi, o la autorización personal también del propio Stuzzi, dada de viva voz a través del intercomunicador.

Stuzzi, entre sus múltiples cualidades, tenía otra, primordial. Era mal pensado. No se fiaba de nadie.

A las cinco y cincuenta minutos, Stuzzi despidió a los representantes de la librería del medio Oeste, y, personalmente, habló con el portero:

—Son los señores Allbrithon y Jansen. Ábrales —ordenó.

Allbrithon y Jansen descendieron por el ascensor privado, desde la primera planta hasta el nivel de la calle. El portero, de uniforme y con arma, les franqueó la entrada, una vez los dos hombres se hubieron identificado.

A través de un cuadro de pantallas televisivas, puestas en funcionamiento, el portero pudo ver la totalidad de dependencias del edificio, excluidos los sótanos, que tenían entrada aparte, donde ya no quedaba nadie.

Los objetivos del circuito cerrado, estratégicamente colocados, no dejaban el menor rincón sin «vigilancia».

El único lugar donde las cámaras no reflejaban nada era la pantalla correspondiente al despacho de Stuzzi, que sólo él podía

controlar; naturalmente, no deseaba que nadie pudiera espiarle en su santuario.

El portero, pues, podía estar tranquilo porque sabía que nadie quedaba ya en la parte superior del edificio, a menos que estuviera con el jefe, en cuyo caso ya no era cosa suya, excepto cuando el presunto personaje o personajes quisieran salir a la calle, lo que no podrían hacer sin tarjeta o autorización directa de Stuzzi.

El portero se dirigió a su jaula de cristal, donde disponía de televisor particular, transistor, periódicos y revistas. Era su momento de empezar la guardia.

Frente a él, a unos seis metros, las distintas pantallas seguían iluminadas por pura rutina. Las luces de socorro permitían ver los distintos departamentos de la casa.

El portero extrajo de su cartera el paquete que contenía su cena, y una botella de cerveza. Dejó ambas cosas sobre la mesita, y pasó distraídamente una mirada por el recinto.

Sus ojos, aun sin fijarse de forma determinada, se detuvieron en las pantallas. En una de las correspondientes a la primera planta, acababa de moverse algo.

El hombre se levantó, aproximándose instintivamente, pero ya no pudo apreciar nada más.

De todos modos, quiso asegurarse, y conectó el intercomunicador para ponerse en contacto con Stuzzi.

La primera llamada fue infructuosa, y esperó. Pensó que tal vez había sido el propio Stuzzi el que deambulaba por la planta. Después de todo, no iba a ser la primera vez.

Llamó de nuevo, y oyó perfectamente el chasquido indicador de que al otro lado habían abierto la conexión.

—Señor Stuzzi —llamó.

La voz del jefe sonó agitada:

—No, Caine. No haga usted esto...

Fueron sus últimas palabras porque en aquel instante sonó un disparo, que estremeció los oídos del portero.

Un segundo disparo le hizo reaccionar. ¡Se trataba de un atentado! O acaso de... ¡Un crimen!

—¡Señor Stuzzi! ¡Señor Stuzzi! —gritó inútilmente el portero.

Sacó su revólver de la funda. En un caso como aquél tenía que subir a investigar lo ocurrido.

Entre tanto, alguien corría por la planta, en dirección a una de las ventanas del callejón. La abrió y saltó por ella. La distancia hasta el nivel de la calle, no superior a los tres metros, no requería gran esfuerzo, sobre todo para quien precisaba huir.

Cuando el portero llegó frente a la puerta de su jefe, la encontró cerrada. Posiblemente, el asesino, para ganar tiempo, había tomado la llave.

El portero llamó insistentemente. Nadie contestó a sus gritos. Al fin decidió obrar por su cuenta, disparando contra la cerradura. Tuvo que gastar tres balas para hacerla saltar.

Apenas entrar, vio el cuerpo de Stuzzi, caído sobre la mullida moqueta, tras la aparatosa mesa de despacho, siempre en perfecto orden.

Lo único que desentonaba en aquella impecable y lujosa estancia era el cadáver del genio. De John Stuzzi.

Alguien diría, posteriormente, en tono velado, tratando de hacer una gracia, que quién había vivido entre crímenes, era lógico que muriese asesinado.

## CAPÍTULO II

El reloj de sobremesa de la nublada habitación marcaba las 6,30 de la tarde del mismo día.

El escritor Richard Caine aplastó contra el cenicero su enésimo cigarrillo, y tosió un par de veces.

La habitación-estudio, casi a oscuras a excepción del flexible iluminado sobre la mesa, parecía un lugar entre las nubes, a consecuencia del humo de los muchos pitillos allí fumados.

La mujer, en pie en el umbral, murmuró:

—¿Has conseguido, al fin, la idea genial?

—Mis ideas siempre han sido geniales, Elma. A pesar de la opinión de tu jefe y sus condenadas máquinas adivinas.

Elma Longar, la secretaria de Stuzzi, avanzó sonriendo.

—Algún día la gente adivinará tu talento, y Stuzzi se arrodillará a tus pies —dijo.

—Hay dos mil escritores esperando que Stuzzi levante una mano para ocupar una máquina de escribir a sueldo del genio. Yo no soy de esos, encanto. Yo creo por mí mismo. La única máquina de que dispongo es mi cerebro, y haces mal en venir por aquí.

—¿Te estorbo? —inquirió la mujer, insinuante, levantando ligeramente su ya de por sí corta falda.

El escritor hizo caso omiso de las bonitas piernas de Elma, aunque permaneció mirándolas en silencio, durante unos instantes.

—Te despedirá, si sabe que vienes a verme.

—Mi vida privada no le importa a nadie. Una vez salgo de su santuario, soy libre.

—Eso crees tú. Todavía no le conoces bien.

—¿A Stuzzi? ¡Je! Eso crees tú. Le conozco como la palma de mi mano. Se cree un genio. Vive obsesionado por parecerlo. Se le metió la idea en la cabeza de hacerse pasar por el mejor. Lo suyo es una actitud que a veces le cuesta mantener. Está loco... Pero los locos

que andan sueltos son los que viven. El ha tenido suerte. Demasiada. Algún día se le acabará.

—¿No tienes un tema mejor de qué hablar?

—¿Te estorbo, Richard? —sonrió ella.

—No. ¿Por qué? Al fin y al cabo, no tengo ninguna prisa.

—Sé que es tu hora de trabajo, pero necesitaba verte.

—Es un halago, viniendo de ti, Elma. Si dieras una patada en el suelo, y expresarás un deseo, ese cuartucho se llenaría de hombres, que se arrodillarían a tus plantas. Eres bonita, y lo sabes.

—No me gusta dominar a los hombres, sino que me dominen ellos a mí. No. No me gustan los muñecos de guardarropía. Por eso voy donde quiero, y estoy con quien me apetece.

—¿Stuzzi es un muñeco? —sonrió Richard, avanzando hacia la mesita del reloj, recargada de botellas vacías y de vasos sucios.

Buscó un frasco donde hubiera un poco de *whisky* para llenar medio vaso, haciendo un ademán a la muchacha, que negó con la cabeza, rechazando la muda invitación.

Y ella continuó:

—El muñeco más manejable que existe. Vive dominado por su mujer.

—¿Esa cursi barata de salón? —preguntó Richard, después de tomar un sorbo.

—¿Cursi? Es una golfa. Eso lo sabe todo el mundo. Pero tiene mano izquierda. Stuzzi hace lo que ella quiere. No es más que un payaso. Ya te he dicho que lo conozco bien.

Richard se encogió de hombros, al tiempo que murmuraba:

—Hace tiempo que Stuzzi dejó de interesarme. Nunca trabajaré para él, aunque me lo pidiera de rodillas, como tú dices. No. No me interesa su género prefabricado.

—Prefieres mal vivir, ¿eh?

—Me publican algo, de cuando en cuando. Vivo pagando el alquiler un mes atrasado, y debo *whisky* y cigarrillos en la tienda de la esquina, pero tienen fe en mí. Es un crédito que no he pedido, y se me da. ¿Qué más puedo desear?

—Tú no eres hombre para vivir de migajas. Eres joven. Estás perdiendo tu tiempo, con tu actitud amarga y tu falsa resignación.

—¿Actitud amarga? ¿Falsa resignación? —sonrió, verdaderamente amargado, el joven—. Tú has leído demasiadas

novelas de protagonistas parecidos a Bogart. Se ha abusado del tipo. Yo vivo bien.

—No es verdad. Has tenido mala suerte. Eso es cierto, pero ¿qué has hecho para mejorarla?

—¡Oh, déjame en paz, Elma! Te agradezco tus esfuerzos por cambiar mi vida, pero es inútil. Estoy bien como estoy. Soy un bohemio. No pretendas aburguesarme.

—¿Dónde estabas cuando vine? —preguntó ella, de pronto, sin dejar de mirarle tan fijamente como si intentara atravesar su mente, y llegar hasta el fondo de sus pensamientos.

—¿Cómo? —inquirió él, devolviendo la mirada.

—Llamé, y no estabas. Cuando me fui, te vi regresar. Estabas muy agitado. ¿Venías de ver a algún editor?

—No sabía que me espieras —repuso él, y enseguida apuró su vaso para ir a llenarlo otra vez.

—No debes darme cuenta de tus actos —sonrió ella—. Al fin y al cabo, nada nos une. Excepto... una buena amistad. ¿No es así?

—Una amistad que tú pretendes cambiar en otra cosa, Elma. Sobre eso, ya hablamos. Yo no puedo mantener a nadie. Tú tienes un buen empleo. Te pagan mejor que a mí. Al menos, cobras todos los meses... ¿Por qué no me olvidas?

—Permíteme que insista, Richard. Ya sabes que no tengo amor propio. ¿Dónde estuviste?

Tras un silencio, y volviéndole la espalda, el joven contestó:

—Por ahí. Dando vueltas. Hice eso que la gente llama «buscar inspiración». ¿Te satisface la respuesta?

Antes de que Elma Longar pudiera contestar, llamaron a la puerta con alguna insistencia. Eran las seis y cuarenta minutos.

Cuando el escritor Richard Caine fue a abrir, se encontró ante dos desconocidos. El que tomó la palabra le mostró una credencial de la brigada de Homicidios de la Central de Nueva York.

—¿Es usted Richard Caine? —inquirió el recién llegado—. Soy el teniente Nolan.

—¿Policía? Bien... Usted dirá.

—¿Conoce usted al señor John Stuzzi?

—Precisamente estábamos hablando de él —sonrió, haciendo un ademán para que los dos policías pasaran. Elma surgió por la puerta del estudio, preguntando:

—¿Qué pasa?

Richard comentó:

—La señorita le conoce aún mejor que yo. Es su secretaria.

Nolan miró a ambos, y entró en materia.

—Encantado, señorita. Sabemos que usted salió de la oficina del señor Stuzzi a la hora acostumbrada... Y usted, señor Caine... ¿Estuvo toda la tarde en su casa?

—Más o menos —sonrió Richard.

La muchacha se aproximó e insistió:

—¿Qué es lo que ocurre?

El policía instó a Richard:

—¿Dónde estuvo usted entre las cinco cuarenta y las seis de esta tarde?

—Ahora soy yo el que pregunta a qué viene todo esto. ¿Qué pasa, teniente? ¿Intenta acusarme de algo?

—Del edificio Stuzzi hasta su casa hay veinte minutos, tomando el Metro. Veinticinco a lo más.

Richard cortó rápidamente:

—Y si uno se detiene, viendo escaparates, puede que tarde una hora; y ahora vaya al grano. No me gusta el misterio. Para eso ya lo fabrico yo en mis novelas.

—Sabemos que es escritor. Y sabemos, también, que alguien, llamado Caine, estuvo en la oficina del señor Stuzzi esta tarde, alrededor de las cinco cuarenta. ¿Era usted?

—Sí. Era yo, y asesiné al señor Stuzzi. —Richard lo dijo sonriente, y cansado a la vez de las preguntas del policía Nolan, que le miró fijamente para decir seguidamente:

—Yo no bromearía con eso, señor Caine.

Los ojos de la secretaria se agrandaron de forma insospechada. Intentó buscar la mirada de Richard, pero no la encontró porque el escritor estaba pendiente del policía.

—Vamos, hable claro. ¿Qué ha ocurrido?

—Han asesinado al señor John Stuzzi, señor Caine... Y el portero pudo oír, a través del intercomunicador, los disparos que efectuó el asesino, y también la voz de la víctima, antes de morir, suplicando a un tal «Caine» que no lo hiciera...

## CAPÍTULO III

Las comunicaciones interiores en el edificio Stuzzi quedaban automáticamente grabadas en cinta magnetofónica, y ahora, en el despacho del teniente Nolan, Richard podía oír las últimas palabras de Stuzzi, antes de que sonasen los disparos. Todo lo que, a su vez, había escuchado el portero de la casa.

—«No, Caine... No haga usted eso...»

A continuación, los disparos.

El teniente leyó, en presencia de Richard, la declaración firmada del portero.

... «Vi una sombra, pero no pude precisar quién era, fue solo un momento. La sombra se dirigía hacia el despacho del jefe, y decidí llamarle por el intercomunicador. El señor Stuzzi no me contestó enseguida, y por eso insistí... Luego, escuché las palabras que quedaron grabadas, y los disparos...»

Nolan dejó la declaración sobre la mesa, y clavó la mirada en el escritor, comentando:

—¿Y bien?

—Si mira usted la guía, teniente, encontrará a muchos Caine en la C. No soy el único. ¿Por qué tengo que ser yo el sospechoso?

—Encontraré a muchos Caine. Es cierto —atajó el oficial de Homicidios—. Pero, que sepamos, usted es el único que conocía al señor Stuzzi. ¿Va a negarlo?

—Le odiaba —repuso Richard.

—Dése cuenta de lo que dice, señor Caine. Esto es serio.

—¡Serio! ¡Diablos! ¿Es que uno no puede odiar a una persona, sin sentir forzosamente deseos de matarle? Puede..., puede que, tiempo antes, lo hubiese pensado. Sí. Stuzzi era una alimaña, que no

merecía vivir. Un aprovechado del sudor ajeno. Un parásito. Los hay a montones en nuestro país y en todo el mundo; oportunistas, canallas, que explotan al prójimo..., pero andan por ahí, cargados de enemigos, sin que nadie los liquide. No. Yo no soy su hombre, Nolan, pero no puedo llorar porque hayan matado a un hijo de perra.

—No se le acusa por el odio que pudiera sentir hacia el señor Stuzzi, señor Caine.

Richard terminó con su tono displicente y escéptico para espetar, cansado ya de aguantar insinuaciones:

—¡Acabemos, teniente! ¿Tiene pruebas de que yo estuviera en el despacho de Stuzzi, a esa hora? ¿Me vio alguien disparar contra ese hijo de perra? Si es así, dígallo, y sabré a qué atenerme...

—Las pruebas que tengo, señor Caine, son de que usted estuvo allí, dos días antes. Eso, su secretaria debe saberlo también, pero como es amiga suya, recurriremos a otro testigo. Está aquí. —Y Nolan hizo un gesto a uno de sus ayudantes, a fin de que introdujera en el despacho a un testigo de esa visita del escritor al editor asesinado.

El testigo era la propia esposa de Stuzzi. Su viuda Hellen Storkie.

—Sí. Estuvo allí. Yo me encontraba en el cuartito contiguo. Una salita que existe al lado del despacho de mi marido. No salí hasta el final. El estaba allí, amenazando a mi marido.

Richard clavó la mirada en la viuda, y guardó silencio.

Ella no mentía. Era cierto lo que estaba diciendo, y recordó la escena que la propia Hellen relataba, de cabo a rabo, al oficial Nolan.

Richard había entrado en el despacho. Era dos días antes, exactamente...

—«Devuélveme mi original, Stuzzi» —había pedido Richard...

—«¿De qué demonios me hablas?». —había replicado el genio.

—«Tú sabes de qué te hablo. Es mío...»

—«Hace ya más de cinco años que no tenemos contacto... ¿Crees que guardo todos los papeluchos...? ¿A qué viene eso?».

—«Tú sabes a lo que viene. Esa novela está ya en la calle. Es mía. No me importa lo que decidan tus cerebros electrónicos, pero *El hombre que resucitó* lo escribí yo».

—«Tonterías».

—«Está bien. Son tonterías. Tú lo dijiste entonces, pero ahora quiero el original, firmado por mí, y con tu visto bueno...»

—«¿Por qué no viniste a buscarlo antes?».

—«Ya vine. Un par de veces, pero me decían siempre: “Vuelva a pasar, ahora el señor Stuzzi no puede atenderle...”. Y te llamé por teléfono. Siempre me dabas la misma excusa. Me cansé... Pero el que haya pasado el tiempo, no significa que puedas aprovecharte de mi idea, aunque tus cerebros hayan cambiado los nombres. Es mía. Y eso no te lo paso... Han copiado muchas ideas mías, y me he callado; pienso que, al fin y al cabo, es más descorazonador plagiar que ser plagiador; pero a ti, no. A ti no te perdono nada. No me aceptabas lo mío porque tenías miedo a que la gente se volcara de lleno sobre mis ideas; preferías tratar con tus mediocres colaboradores, pero, en el fondo, sabías que yo era mejor».

—«¡Bah! Pretensiones...»

Aquí Richard le tomó por las solapas y le zarandeó.

—«Basta de fanfarronear conmigo, Stuzzi. Eres un pobre diablo. ¡Allá tú! Pero mi novela la quiero. Y no te vendería ese original ni por un millón de dólares. ¿Entiendes? Devuélveme el original, y ya tendrás noticias mías».

—«Suéltame, suéltame...»

—«Escúchame bien, especie de imbécil engreído... Te mataré si no tengo mi original antes de cuarenta y ocho horas».

—«¿Me amenazas?».

—«A los tipos como tú no vale la pena llevarlos a los tribunales. Quizá tengas comprados a muchos jerifaltes, pero a mí, no. La novela es mía, y no la vendo. Elige. O la devolución o la muerte...»

Hellen ya estaba allí. Había oído la última parte de aquel diálogo.

Richard se volvió hacia ella, y la miró con desprecio.

Luego, salió erguido, seguro de sí mismo, ante un enemigo superior en poder, pero infinitamente más bajo en hombría.

—Ha cumplido su promesa —concluyó Hellen aquel relato que Richard había estado reviviendo.

Nolan tenía sobre su mesa un ejemplar de *El hombre que resucitó*, de la editora Stuzzi. Como autor figuraban unas iniciales y un número:

NYZ-4.

—¿Es suyo ese libro? —inquirió el policía.

Richard asintió.

—Puedo contarle el argumento, si quiere.

—¿Y esas iniciales? —Siguió el policía.

—Supongo que pertenecen al equipo electrónico que, según Stuzzi, dio la idea —repuso el escritor.

—Pero usted admite que discutió con Stuzzi hace dos días, por la propiedad de ese libro.

—Sí, lo admito.

—¿Admite, también, que cumplió su promesa? —preguntó Nolan.

—Yo no maté a Stuzzi. No hacía falta. Estaba asustado. Hubiera hecho algo.

—Usted pretendía cobrar sus derechos. ¿No es así? Y él se los negaba.

—No lo ha entendido, teniente. Yo a Stuzzi no le hubiese vendido ni la peor de mis ideas. Quería, simplemente, el original. Que retirara del mercado lo que había vendido, y que declarara públicamente que había utilizado una idea mía. Ésas eran mis condiciones. Nada más.

—Pero confiese que él le negó esos derechos que usted presumía como suyos.

—Yo no presumo de nada, Nolan. La novela es mía.

—¡Cállese, señor Caine! No me gusta que me hablen a gritos...

—Ni a mí que me acusen, por simples presunciones. Tengo mis derechos... ¿Quién diablos se cree que es usted?

—Voy a acusarle formalmente, Caine. A menos que pueda presentar una coartada de dónde pasó usted el tiempo, mientras asesinaban a Stuzzi...

## CAPÍTULO IV

Richard estaba preso, en espera de la encuesta previa o decisión del juez para aceptar o no los cargos.

Elma obtuvo permiso para visitarle.

—Diré que estuve todo el rato contigo.

—Eso no serviría, Elma. Tú eres parte interesada.

—No pueden rebatir mi testimonio.

—Llegaste media hora más tarde. Oficialmente, tuve tiempo de cometer el crimen y anticiparme a tu llegada a mi casa. Además, tú sabes que yo no estaba.

—Yo dejé a unos clientes en su despacho, cuando me fui — insistió ella—. Hay muchas puertas todavía para abrir en este asunto.

—Pero Stuzzi mencionó mi nombre, antes de que sonaran los disparos. Y esto ya no hay quien lo cambie.

Tras un silencio, Elma inquirió, aceptando, resignada, la decisión de Richard de enfrentarse con su destino:

—¿Has hablado con el abogado que te mandé?

El asintió.

—Dicen que es muy bueno. De lo mejor que se puede encontrar hoy.

—Yo te lo agradezco, pero será dinero perdido..., que yo no podré reembolsarte, aunque salga bien parado.

—¿Quién piensa en el dinero, ahora! Tiene que haber alguna solución, Richard... ¿Dónde estuviste?

—Ya te lo dije, Elma. Dando vueltas. No tengo ningún testigo. Absolutamente ninguno.

Elma sonrió, intentando tranquilizarle, lo cual no parecía muy necesario por la serenidad de que Richard Caine había hecho gala, en todo instante.

Aun así, ella murmuró:

—Te sacaremos de aquí, Richard. Sea como fuere, te sacaremos de aquí. Ten confianza.

El guardó silencio. Sonrió. Miró hacia la mirilla de la puerta tras la cual estaba el agente, y se aproximó a la muchacha. La besó.

—Es para darle celos al guarda —dijo.

Y el policía surgió al instante para anunciar que el tiempo había transcurrido.

Philip Everly era joven, despierto, pero reposado en sus juicios. Pensaba las cosas antes de decirlas, y sonreía casi siempre.

Philip Everly era un hombre apuesto, atrayente, pero él parecía estar muy por encima de las apreciaciones personales que se pudieran hacer sobre su persona.

Philip era el abogado defensor de Richard, el hombre pagado por Elma Longar; y ahora estaba con ella, en la cafetería Hair, a media manzana del edificio Stuzzi, por la parte trasera. Ambos tomaban un aperitivo, sentados ante una de las mesas reservadas.

—¿Cómo vas a enfocar su defensa? —inquirió ella.

—Todavía no le han procesado formalmente, y la verdad es que no hay muchos sitios por dónde agarrarse —repuso él, jugueteando con un ejemplar de *El hambre que resucitó*.

—¿Has investigado en la vida de Hellen Storkie?

—¿La esposa de Stuzzi? —sonrió el abogado.

—Es una cualquiera. La muerte de su marido supone hacerse con una herencia fabulosa.

—Si todas las cualesquiera mataran a sus maridos por dinero, el país iba a quedarse sin hombres.

—¡Vaya! No tienes mucha fe en la honradez de las mujeres.

—Muchos hombres importantes se casan maduros. No han tenido tiempo de hacerlo antes, porque estaban ocupados en amasar dinero. Luego, a su edad, prefieren un matrimonio tranquilo, y sólo mujeres como Hellen pueden proporcionarles esa tranquilidad, porque ellas no buscan sensaciones morbosas. Están cansadas de ellas y, como tienen la vida asegurada además, les serán fieles. No. Una mujer como Hellen no mataría a su marido, a menos que las cosas se hubieran puesto mal para ella. El matrimonio se llevaba bien. Hellen había terminado con su vida pasada, y ahora vivía su papel de gran señora. No le faltaba nada. Tenía una cuenta

particular, que Stuzzi sufragaba con generosidad.

—Y un seguro de vida de medio millón de dólares.

—Estás muy al corriente.

—Era su secretaria —repuso ella.

—Stuzzi no había puesto límite a los gastos de su esposa. Además... están las palabras de Stuzzi, antes de los disparos que se lo llevaron al otro mundo. El vio a Caine. Vio que Caine iba a matarle, y dijo: «No... No lo hagas». No pudo inventarse el nombre, segundos antes de irse del mundo de los vivos.

Ella iba a decir algo, pero el abogado cortó:

—La posibilidad de otro Caine es remota. He estado husmeando. No hay ningún otro Caine en su fichero. Tú misma, que conocías a las personas que le visitaban, no podrías hallar a otra persona que se llame igual. Sin embargo, confías, y yo debo confiar también, en que Richard Caine, nuestro Richard Caine, es inocente.

—Es una trampa. Le han tendido una trampa.

—De acuerdo —repuso Philip—. Un hombre, con una máscara idéntica al rostro del escritor, se presenta de improviso y le mata, dándole tiempo suficiente a Stuzzi para pronunciar a través del intercomunicador, el nombre de Caine. Muy novelesco.

—Hay mucho de novelesco en esta muerte —murmuró Elma, pensativa.

—Estamos en la realidad, Elma.

—No parece tener muchas esperanzas... ¿Qué hay de esos clientes de Topeka?

—¿Los que estuvieron aquí el día del crimen?

—Sí.

—Pertenecen a la firma que anunciaron. Libros Populares. Hicieron un convenio. Está firmado. Más negocio para Stuzzi... que ya no podrá disfrutar. Si quisieras escuchar mi verdad...

Se hizo otro corto silencio, que interrumpió Elma, con un presentimiento:

—Piensas que Richard es el culpable, ¿eh?

—Si lo pensara, honradamente, no podría defenderle... Debo estar seguro de que no, o de lo contrario, buscar su confesión, y tratar de encontrar un argumento que justifique el crimen. Y el crimen no tiene justificación, a menos que el criminal haya obrado en un momento de desequilibrio.

—Richard nunca ha sido un desequilibrado. Es muy inteligente. No ha tenido suerte.

—¿Le quieres mucho?

Elma no supo qué contestar.

—Yo te lo diré —sonrió Philip.

—Adelante, sabihondo.

—No nos engañemos, Elma. Fuimos juntos al Instituto. Nos conocemos desde hace tiempo. Tú estabas acostumbrada a tener a todo el sexo fuerte rendido a tus pies.

—Todos pensáis lo mismo. Sólo veis el sexo... A mí no me importa tener a los hombres perseguiéndome con su mirada...

—Pero te importa que no te hagan caso. Eso no lo digieres. Cuando alguien te trata como a una mujer normal, te ofende... Entonces, quieres doblegarlo.

—No seas absurdo, Phil.

El abogado sonrió.

—Soy psicólogo.

—Eres un creído.

—Digo lo que pienso.

—Richard es un buen amigo. No ha tenido suerte, eso es todo. ¿No crees en la amistad?

—En la amistad de una mujer capaz de parar la circulación de Nueva York.

—¡Oh! No seas cretino...

—Soy sincero. Eres hermosa, y lo sabes.

—¡Y dale!

—Lo que admiro de Richard es haberse sabido resistir.

—No te consiento que...

—No te conviene enemistarte conmigo —bromeó él.

—Si crees que porque me haces un precio especial, tienes derecho a...

El la cortó:

—Cálmate. No lo hago sólo por ti, ni por tu amigo. Es el caso. Me apasiona.

—Pues nadie lo diría. Si piensas que Richard es culpable...

—Me apasiona, Elma. En serio... Como esa novela barata. ¿La has leído?

—¿La de Richard?

—La editó Stuzzi... *El hombre que resucitó*. Muy interesante. Una buena dosis de ingenio barato. Pero ingenio, a fin de cuentas...

—¿Qué pasa en esa novela? ¿Tanto te interesa leer cosas de ésas?

—Por sus escritos, conocerás al escritor —sonrió Philip.

—¿Y bien? ¿Qué deduces?

—Una gran dosis de imaginación. Fíjate... Lamercier, el reo, está en capilla, esperando que le guillotinen. La acción transcurre en Francia para que haya más emoción. Aquí, desde que han abolido la pena de muerte, ya no pueden existir reos en capilla.

Hizo una pausa, y añadió:

—Resulta que el día antes de la ejecución, la víctima, el hombre que se supone ha sido asesinado por el protagonista, y por cuyo crimen le van a ajusticiar, resucita.

—¿Eh?

—Sí. La víctima se presenta ante el juez, y luego hace su teatral aparición delante de otras personas, incluido al abogado defensor...

—¿No ha muerto? —preguntó ella, medio interesada.

—Ahí está el *suspense*, pero también el quid de la cuestión. No se puede ejecutar a un hombre por un crimen que no cometió, puesto que la víctima vive. El abogado tiene una magnífica tesis para pedir, cuanto menos, una investigación, y naturalmente, la consigue. Lamercier, el protagonista, se libra, de momento, de ser guillotinado.

—¿Y cómo acaba esto?

—Léelo. Es muy interesante.

—Has conseguido interesarme —sonrió ella.

—Es lo que pretendió el escritor, al redactar esto; interesar a la gente.

Luego, dejando la novela delante de Elma, añadió:

—Si Richard fuese sincero... Pero me da la sensación de que oculta algo. No lo sé... Pero yo creo que se guarda un as en la manga.

## CAPÍTULO V

—¿Qué diablos voy a ocultar? —espetó Richard, del peor talante, ante su joven abogado, a solas ambos en la reducida estancia, destinada a las visitas.

Y ante el silencio de Philip, Richard añadió:

—No busque tinta invisible. Alguien ha querido colgarme esto, y carezco de pruebas para demostrar que no estuve allí a la hora del crimen.

—¿Y quién supone que fue?

—¡Yo qué sé! Desde hacía más de cinco años, no había vuelto a hablar con Stuzzi. Fue dos días antes de su muerte. Fue la última vez. Yo no soy policía para saber lo que pasó luego.

—¿Quién más estaba enterado de su visita, aparte de Elma, claro?

—Elma no estaba enterada. No la mezcle en ello. Cuando entré en su santuario, ella no estaba. Sólo me vio salir, pero no le comenté nada de aquella visita, ni de lo que se habló en ella.

—Creí que tenía plena confianza en Elma —repuso Philip, inquisitivo.

—Oiga, se puede tener plena confianza en una persona, sin explicarle, por ello, las veces que nos cambiamos de camisa.

Tras una pausa, añadió:

—No quise mencionarle que iría a ver a Stuzzi, por dos razones. Primera, porque lo decidí de golpe; segunda, porque no quería complicarla. Nada más. Me vio a la salida. Nos saludamos, y ahí terminó todo.

—O sea que su disputa con Stuzzi sólo tuvo un testigo; la esposa del interesado.

—Sí. Y tampoco sabía que ella estuviese allí.

—Elma me ha dicho que la señora Stuzzi suele ir allí casi todos los días. Almuerzan juntos.

—¿Y qué?

—Pues no sé... Usted podía imaginarse que encontraría a Hellen allí.

—Oiga, abogado... ¿Es usted mi defensor o trata de acusarme?

—Trato de cerrar todas las puertas por donde pueda entrar el fiscal.

—Bueno, dejémoslo.

—Escuche, Caine, está en un apuro, y usted lo sabe. La única forma de librarle a usted de sospechas es cargárselas a otro. No puedo actuar contra Hellen, sin una base concreta... ¿Conocía usted a la mujer de Stuzzi?

—Hace años hacía *strip-tease* en un local de la Décima Avenida. Pero no soy el único que lo sé.

—La despreciaba usted, ¿no?

—¿Por qué? Cada cual es dueño de hacer con su persona lo que más le apetezca. Ella explotaba su cuerpo hasta que alguien la «retiró». Seguro que ahora se da aires de gran dama, pero a mí no me incumbe.

—¿Supone que ella quiso perjudicarlo porque usted conocía su pasado?

—Pues no, porque ya le he dicho que no era el único.

—¿Lo ve? No hay una base sólida. Además, habría que buscar una historia inverosímil... Que ella quisiera matar a su marido para sacar un provecho innecesario, puesto que nada le faltaba, y además, urdir lo del asesinato y culparle a usted en un tiempo inverosímil... Después, obligar a su marido a que, momentos antes de recibir los balazos mortales, pronunciara su nombre de usted... ¿No es demasiado?

—¡Y tanto! —sonrió Richard.

—Eso sería tan rebuscado como la novela que usted asegura es suya.

—¿Eh?

El abogado sonrió.

—Sí... *El hombre que resucitó*. Muy interesante. Una gran dosis de imaginación.

—Gracias por sus elogios, abogado —sonrió Richard.

Philip dio la entrevista por terminada.

—Temo que tendré que declararle culpable, Caine. Alegaremos

demencia transitoria.

Richard saltó:

—No hará eso, ¿verdad?

Por toda respuesta, Philip declaró:

—Elma está buscando el original de esa novela. Según parece, es norma de algunos editores poner la fecha de entrada y la firma de registro. Si lo encuentra, eso demostraría que usted escribió esa novela, y Stuzzi trató de escamoteársela a usted...

—Y en un ataque de enajenación mental, tras discutir con Stuzzi, le maté. ¿No es eso? —preguntó Richard pacientemente.

—Más o menos —concluyó el abogado.

Philip aguardaba a Elma en el restaurante situado casi en frente de la prisión provisional, destinada a los acusados pendientes de juicio.

Elma salía de visitar a Richard, y se reunió con el abogado, sentándose ante una de las mesas.

—No quiere saber nada. Incluso me ha pedido que te despida. Por supuesto, no le he hecho ningún caso.

—¿Por qué se obstina? —inquirió Philip, pensativo.

—Dice que no firmará ninguna declaración, admitiendo su culpabilidad. Dijo que, si no le creían, no le importaba, pero admitir un crimen no lo haría jamás. La verdad es que no sé qué hacer...

Tras un silencio, Philip preguntó:

—¿Conseguiste ese original?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Lo llevé a mi casa.

—Quiero verlo.

—Está bien, vamos. Desde luego, es de Richard. Tiene fecha de registro del año 67, y está la firma del empleado.

—Tú, entonces, no trabajabas allí, ¿verdad?

—No, pero eso no importa. Conozco las antiguas costumbres. Y hay más.

—¿Qué?

Philip pagó la consumición, y luego salieron a la calle. En el coche del abogado, ella explicó:

—El original ha sido sacado recientemente. Y existe una ficha.

—¿O sea que lo han utilizado?

—Sí. El nombre del original era *Resurrección*. Puesto en interrogante. En la ficha está el cambio de título.

—Quiero leer ese original.

—Es de Richard, y, aunque no lo haya leído, si él dice que la novela de Stuzzi es la misma, le creo.

—Y yo también.

—Entonces... ¿Piensas admitir su culpabilidad, y presentarle como un demente?

—Ya veremos. Todavía hay tiempo —repuso el abogado.

Diez minutos más tarde, detenía el coche frente a la casa de Elma. Un edificio antiguo, de cuatro plantas, en la Octava Avenida. El número cuatro del primer piso era el apartamento de la muchacha.

—Viejo pero confortable, y sobre todo, céntrico —dijo ella, al abrir la puerta.

Apenas dio la luz, comprobó el desorden.

—¡Dios mío! —exclamó.

Era evidente que alguien había estado revolviéndolo todo.

Philip echó una ojeada alrededor, mientras la muchacha se paseaba entre ropa tirada, libros y papeles desparramados por el suelo, cajones vaciados y un revuelo general.

Philip guardaba silencio, ante el desconcierto de la muchacha.

—Han entrado, Philip... Han entrado.

—¿El manuscrito? —inquirió él.

—¡Cielos! —exclamó ella, buscándolo—. Lo dejé ahí, sobre la mesilla. —Indicaba la mesilla de su alcoba, contigua al salón.

No estaba allí.

—Se lo han llevado. ¡No está! —exclamó ella.

Philip buscaba por el suelo, en medio del desorden, y recogió unas fotografías. Era evidente que habían sido tomadas en un club nocturno.

—¿Es tuyo esto?

—¡Oh, sí, es bastante antiguo! —repuso ella.

—Aquí está Richard. Es él, ¿verdad? —Y mostró una instantánea de Richard, ocupando una mesa del local.

—Sí, sí... Es en el Dragón Azul.

—¿Un recuerdo?

Ella no estaba por lo que le decía Philip, sino por todo aquel

revoltijo, y contestó:

—No. Yo trabajaba allí.

—¿En el Dragón Azul? ¿Hacías *strip-tease*?

—¡No! Yo hacía fotografías... Era la fotógrafo del local. Trabajé allí una temporada nada más. Tenía que vivir, ¿no? Además, la fotografía siempre me ha gustado.

—¿Luego entraste a trabajar en la editora Stuzzi?

—¡Oh, no! Estuve en otros sitios... Pero ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Pues, deseos de saber...

Ella pensaba en el manuscrito de Richard. Lo revolvía todo, y mascullaba entre dientes frases ininteligibles.

—No está. Se lo han llevado.

—Querida Elma... Para robarte el manuscrito, si lo tenías encima de la mesilla de noche, no hubieran causado todo este desbarajuste. ¿No crees? —sonrió Philip, aún con las fotografías en las manos.

—Pues no está. Se lo han llevado...

—¿Para qué, me pregunto yo? —inquirió Philip.

—¡Yo qué sé!

—¿Qué demostraría el manuscrito? —sonrió el abogado.

—Que Richard era el autor de la novela que Stuzzi atribuyó a su departamento.

—Con lo cual, quedaría claro que Richard le mató, en un momento de obcecación.

Elma dejó de buscar, y trató de profundizar en las palabras de Philip.

—O sea, que quien haya robado el manuscrito..., prácticamente ha hecho un favor a Richard.

—Yo no he dicho esto...

—¡Oh, cielos! ¡No entiendo nada! —Y Elma lanzó un bufido.

Pero Philip parecía prestar su atención a otras cosas, a las fotos, por ejemplo.

—Elma... Ese Dragón Rojo...

—Dragón Azul —rectificó ella.

—Ya. Dragón Azul... ¿No es un local de la Décima Avenida?

—Sí.

—¿Y es donde había trabajado Hellen, la esposa de Stuzzi,

cuando era soltera?

Elma asintió.

—Sí...

—¿Tienes más fotos de éstas? —inquirió el abogado.

—Ahí en el escritorio tenía varias. Las guardaba por recuerdo.

—¿Puedo verlas?

—¡Uf! —exclamó ella, señalando todo el panorama de la habitación—. ¡Si las encuentras...!

—Las buscaremos, ¿eh?

—Y el manuscrito.

—Tú busca el manuscrito, y yo buscaré las fotos.

—¿Es que ya no te interesa el manuscrito? —inquirió ella.

—Oh, sí... Pero las fotos también me interesan —sonrió Philip.

## CAPÍTULO VI

Cenaron juntos.

Philip y Elma, tras el café, volvieron al asunto que les había mantenido en vilo durante toda la tarde.

En la tranquilidad del restaurante, ella se había sosegado momentáneamente de la sensación de inquietud que le había producido encontrar aquel revoltijo en su casa.

Fue Philip quien volvió sobre el asunto:

—O sea que te faltan fotografías.

—Nunca conté las que tenía, pero juraría que había alguna en la que aparecía Hellen.

—¿Desnuda?

—¡Oh! ¿Por quién me tomas? Yo no colecciono fotos así... Ella estaba actuando. Es decir, no era ella el motivo de la fotografía, sino el ambiente... Fotos. Ya sabes, para que el *flash* funcione y anime a los clientes a retratarse. Uf... El oficio no era malo, pero aquel ambiente me fastidiaba. Cada vez, el espectáculo era peor.

—¿Y Richard iba a menudo?

—Algunos días. Escribió una novela que se desarrollaba en un ambiente como aquél, y tomaba datos.

—¿Le conociste allí?

—Sí.

—¿Saldríais juntos?

—Bueno, sí, algunas veces. ¿Por qué?

—Por nada.

—Tú siempre dices por nada. ¿Por qué preguntas, entonces?

—Trato de ayudar a Richard. Es mi cliente, ¿no?

—¡Oh! No hables en chino conmigo, Phil. ¿Qué tiene que ver aquello de entonces?

—Pues que ahí empieza Hellen... El debió conocerla, también, allí.

—Richard no se fija nunca en nada. Bueno. Quiero decir que se fija en todo, pero no da importancia a ciertas cosas. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Pues... al parecer, la única persona, aparte de Stuzzi, que estaba al corriente de la violenta entrevista de Richard con el propio Stuzzi era Hellen.

—Sí.

—Si existe un complot para acusar a Richard del asesinato, sólo puede haberlo urdido Hellen. En principio, ella parece la menos indicada. Vivía bien, no le faltaba nada, y el matrimonio permanecía unido.

Elma guardó silencio. El abogado prosiguió:

—Vamos a partir de la base de que éste es un crimen con una gran dosis de imaginación. Si Hellen tiene que ver, sólo tuvo dos días escasos para planearlo. No soy escritor imaginativo, pero sospecho que para preparar una cosa en serio, en tan corto espacio de tiempo, se necesita ser un verdadero genio de la especialidad.

—A veces, la casualidad cuenta. Esto lo he leído muchas veces —adujo ella.

—¿Casualidad? Tal vez, pero si hay una conspiración por medio, no hay casualidad. Richard es la segunda víctima. Stuzzi, la primera, después él, y por medio, una sola persona: Hellen. Había algo en tu casa que podía comprometer a Hellen.

—Todo el mundo sabe lo que hacía Hellen, Philip... —protestó ella.

—Me ayudas poco —repuso el abogado.

—¡Oh, Philip! Robaron el manuscrito. ¿Qué más quieres?

Tras un silencio, Philip, mirando fijamente a su hermosa acompañante, preguntó:

—¿Estás segura de que sólo fue el manuscrito?

Y ella no pudo contestar.

Elma pasó buena parte del tiempo arreglando su maltrecho apartamento.

Philip la ayudó, sin mostrar ninguna prisa.

—Gracias por todo —dijo ella, cuando ya todo volvía a estar en su sitio.

—¿Me estás despidiendo? —sonrió él.

—Bueno. Si quieres quedarte...

—¿Toda la noche?

Ella interpretó la intención, y sonrió con picardía.

—¡Philip! Me estás resultando de un incorrecto subido.

—Contigo, el más sesudo de los hombres tiene que sentirse incorrecto alguna vez... Y te advierto que yo no tengo nada de sesudo.

Elma acentuó su sonrisa. Se aproximó y, de puntillas, le clavó un beso fugaz en los labios.

El la tomó con alguna vehemencia, y la abrazó. Buscó de nuevo su boca, y aplastó la suya contra la de la muchacha.

Cuando la soltó, ella se sentía confusa.

—¡Philip! —reprochó.

—¿Te molesta?

—No, pero...

—No lo esperabas, ¿eh? Yo soy el muchacho consciente, serio, ponderado, el hombre en quién se puede confiar. Soy casi de piedra.

—Bueno, perdona, pero...

—Eres muy hermosa, Elma... Y siento envidia de Richard. De veras. ¿Qué tendrá él que no tenga yo?

—¡Philip!

El abogado había perdido su aspecto tranquilo. La miraba con deseo, con ardor. Trató de sobreponerse, de recobrar su compostura habitual.

—Lo siento. A veces, me molesta que me tomen por serio. Tengo un cuerpo, y tú no eres mi hermana. ¡Y no me vengas con que somos amigos! ¡Lo siento! Buenas noches.

Ella no osó volver a abrir la boca. Estaba sorprendida, pero, en el fondo, comprendía a Philip. Le agradaba, y admitía que, por una vez, él hubiese intentado propasarse, siquiera con un beso.

Reaccionó y fue hacia la puerta para llamarle, pero Philip ya estaba en la calle, y andaba deprisa hacia su coche, donde se sentó y sacó las fotos del Dragón Azul, que conservaba en su bolsillo.

Las estuvo mirando con desgana. Como si todo aquello, caso incluido, le tuviera sin cuidado. Las echó sobre el vacío asiento contiguo, y por fin dio el encendido para alejarse de allí.

Mientras conducía, intentaba recobrar su habitual serenidad. Ser el de siempre, pero, indudablemente, estaba pensando en todo, y el «todo» era Elma, por encima de todo. Su cuerpo ondulado, la

hermosura de su rostro, la perfección de sus formas, su sonrisa o su seriedad... Toda ella.

Más tranquilo, condujo por el centro, en dirección a su despacho y vivienda de la Calle 37.

Atravesó el centro de Broadway, y condujo lentamente por los locales rebosantes de luz, menos concurridos que unos años antes.

Leyó títulos impresos con bombillas fulgurantes, nombres famosos, estampados con letras correosas. Todos los colores del Iris desfilaban en la calle, con marcas comerciales, nombres de teatros, de películas, de bares exóticos. Autocares que se detenían para dejar descender turistas deseosos de pisar los antros visitados antaño por monstruos sagrados del arte, ahora menos artificiosos y más humanizados por la implacable propaganda.

Se detuvo, deseoso de tomar algo, sin advertir que otro coche buscaba aparcamiento en la misma acera, unos metros detrás de él.

Entró en un establecimiento donde se anunciaban eróticas variedades, y se sentó frente a la barra para pedir un *whisky*, mientras, en la misma, unas muchachas sin ningún ritmo lucían su anatomía, ante la atracción de forasteros.

No le importaba el espectáculo, ni el erotismo que comportaba todo el bien orquestado conjunto de variedades anodinas, pero continuó allí sentado entre otros clientes, viviendo la atmósfera de una luz mortecina, menguada por el humo de los cigarrillos, por el propio ambiente.

Los *flashes* de las fotografías femeninas relampagueaban entre las mesas o en la pista cuando, terminado el número, los turistas bailaban.

Los *flashes*, las mujeres fotografías... Philip pensó en aquello, y lo relacionó con Elma y su trabajo en el local de la Décima Avenida.

De pronto, se le ocurrió una extraña idea, en el momento en que una de las artistas realizaba un número de *strip-tease*.

Fue algo fugaz, como una de esas secuencias relámpago que en las películas sitúan a los héroes, en un momento dado, a un tiempo anterior, a algo revivido...

Philip no tenía nada que revivir ni que recordar en aquel asunto, pero podía imaginar... Sí. Imaginar algo, producto también de su fantasía...

Pensó en lo que había pensado siempre, desde el inicio de aquel

caso: «Un crimen con mucha imaginación».

«Una imaginación desbordante» —se repitió, pensando en que el asesinato en sí no era más que el motivo principal, pero que su autor había tenido que rebuscar en su mente para hacer algo «auténticamente genial».

—Debo tomar unas notas de esto —se dijo a media voz, aunque la música impidió que los que le rodeaban pudieran advertir que hablaba consigo mismo.

De lo que quería tomar nota era de sus pensamientos, de lo que acababa de ocurrírsele, y añadió, igualmente hablando para sí:

«Es fantástico... Me tacharían de loco... Pero ¿quién no está loco, en estos tiempos?».

Entonces, sus ojos quedaron inmóviles, mirando un rostro determinado. Fue algo tan fugaz como sus imaginarios *flash-back*.

Había alguien allí. Alguien que había estado observándole, y aquel rostro, aunque Philip jamás lo había visto antes de ahora, le recordaba una fotografía que últimamente había estado observando y hasta estudiando.

Era el rostro de... John Stuzzi.

Buscó entre la gente.

John Stuzzi estaba allí. Sí. Era él. El hombre asesinado, por cuyo crimen estaba encarcelado Richard Caine.

John Stuzzi desapareció entre la cantidad de turistas que, tras haber contemplado el número reglamentario, y tomada la consumición a que tenían derecho, se alejaba hacia la salida, donde esperaba el autocar.

Buscándole entre la gente, aún pudo verle en un par de ocasiones, pero fue inútil seguirle. Unos entraban, otros salían, el corredor era estrecho, y no consiguió abrirse paso.

En la calle, buscó el autocar.

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó.

Le dejaron entrar, y buscó en la penumbra del coche, entre las caras alegres o aburridas de turistas extranjeros y nacionales.

Entre la mescolanza de lenguas, y las indicaciones del guía, intentó encontrar de nuevo aquel rostro.

El guía le espetó:

—¿Qué, amigo? Si no es usted de nuestro grupo, busque el suyo. Esto ya está completo. ¿Tiene el *ticket*?

Philip no contestó. Sabía que en el autocar no se encontraba el hombre al que buscaba. Se apeó de él, convencido, sin embargo, de que no había sido víctima de ninguna alucinación: El había visto a John Stuzzi... Al hombre asesinado.

## CAPÍTULO VII

La señora Margaret Warner estalló, con una mezcla de pena e indignación a partes iguales, pero conjugado de modo que el ayudante del fiscal, ante quién la dama estaba sentada, lo juzgó como una muestra de histerismo característico.

—Debían haberme informado. Mi hijo ha muerto, ustedes lo entierran, y ni siquiera me mandan aviso. Esto es cruel. ¡Cruel para una madre!

El ayudante, aprovechando que un subordinado había entrado para recordarle que cierta visita le estaba esperando, murmuró:

—Pero ¿quién demonios me ha mandado esa mujer?

El empleado se encogió de hombros, y el fiscal puso cara de resignación, y volvió a ocupar su silla.

La señora Warner, de unos setenta años, pero de aspecto lúcido, a pesar de su anterior explosión, se desenvolvió en un torrente de palabras.

—Sepa que cuando mi hijo abandonó Albuquerque, hace ya doce años, me dijo que triunfaría... ¡Dios mío! Ahora sé que lo consiguió. Le costó trabajo, pero lo consiguió.

—Pero, señora... Usted afirma que su hijo es ése. —Y el ayudante del fiscal recogió un par de fotografías que tenía sobre la mesa.

—¡Claro que es ése! ¿No va a reconocer una madre a su propio hijo? Ha envejecido un poco. Los problemas siempre envejecen, pero él jamás me olvidó. Primero me mandaba poco dinero. Era comprensible. Trataba de abrirse camino, pero, a medida que prosperó, sus envíos eran abundantes... Incluso demasiado abundantes; yo necesito poco para vivir...

El ayudante del fiscal intentó atajar a la mujer que, sin embargo, siguió como si una idea fija le impidiera tomar siquiera aliento para continuar:

—Mi John no fue jamás un hombre engreído, triunfó y supo mantenerse modestamente... ¡Oh! Si yo hubiera sabido la verdad...

—Señora Warner... Usted señala como su hijo a un hombre llamado Stuzzi. Usted no se llama Stuzzi.

—Mi hijo cambió de nombre. No es ningún delito usar otro nombre. ¿Acaso mi hijo es un delincuente?

—No, no, señora Warner, pero...

—Mi hijo fue asesinado. Las fotografías de los periódicos han sido las que me han hecho abrir los ojos. Con razón me extrañó no recibir su envío este mes... Ya le he dicho que no me importa en absoluto el dinero; tengo más que suficiente. Pero ese dinero era como un medio de recibir sus noticias... Yo sabía que estaba bien, y que las cosas le marchaban... De repente..., caen esos periódicos en mis manos y... —Aquí la señora Warner no pudo reprimir su llanto, pero sí consiguió proseguir—: ¡Asesinado! ¡Dios mío! ¡Y nadie me avisa!

El ayudante del fiscal pudo, por fin, dejar oír su voz:

—Señora Warner... Avisar a la familia no es cosa de la policía, ni de este departamento. El señor Stuzzi estaba casado, tenía esposa. Ella debió avisarle.

—Yo..., yo no sabía que mi hijo estuviese casado.

—¡Señora Warner...! ¿Está segura de que hablamos de la misma persona?

—¡Tengo todos los documentos en mi bolso! ¿Quiere ver las fotos de mi hijo? ¡Oh! Esto es como un insulto... ¿Qué clase de funcionario es usted? En Albuquerque no ocurrirían esas cosas... ¡Bastante que le dije a mi propio hijo que no se fiara de las grandes ciudades!

—Señora Warner... Voy a darle las señas de la esposa de su hijo. Estoy seguro de que ella le atenderá como se merece. No me culpe a mí. Nadie tenía noticia de que la madre del señor Stuzzi viviera... Y no le quepa duda, aunque no represente un consuelo para usted, de que se hará justicia. El asesino está detenido, y probaremos que fue él quien disparó las balas homicidas.

De nuevo la mujer prorrumpió en llanto, ante la impaciencia del ayudante del fiscal, que no sabía cómo solventar aquella situación, por demás extraña.

Al fin logró alejarla. Ella no dejó de murmurar:

—Pobre hijo mío... Famoso, y yo sin saberlo... ¡Cuánta modestia! ¡Cuánta modestia!

Apenas la mujer estuvo fuera, el funcionario estableció contacto telefónico con el inspector Nolan.

—Vigilen a esa señora Warner. Puede que sea verdad. Me ha dado toda clase de detalles e informes, pero puede también que sea una histérica lectora de ese subproducto que fabricaba Stuzzi. Averigüen lo que puedan de ella. Tengo sus señas. Albuquerque. Main Street. El número es el 442. En las afueras. Todo lo tengo aquí. Me ha dado tantos detalles que...

Se interrumpió, cuando la voz de Nolan repuso:

—Estamos sobre el asunto. Primero vino a vernos aquí.

—¡Vaya! ¿Y la mandaron ustedes?

—¡No, claro que no! Le insinuamos simplemente que...

—Está bien, Nolan —cortó el ayudante—. Gracias por el regalito. Y téngame informado, si cree que vale la pena.

—Cuestión de rutina. Casos como éste aparecen en todos o casi todos los crímenes que tienen alguna resonancia. ¿Sabe qué acaban de decirme?

—¡Yo qué sé!

—Pues que han visto a Stuzzi vivo... ¿Qué le parece?

—¡Que andan muchos locos sueltos!

—Estamos de acuerdo —concluyó el policía.

Luego, el ayudante del fiscal acudió a recibir a la persona que le esperaba. Era el abogado Philip Everly.

—¡Ah! ¿Está dispuesto su cliente a admitir la culpabilidad? —espetó el encargado de la acusación.

—No, no... He venido a recoger algunos datos. Sobre la muerte de Stuzzi. Informe de la autopsia, lugar del entierro, etc.

—¿Qué le pasa, Everly? ¿Es que no posee el informe?

—Simplemente quiero revisarlo, hablar con el forense, etc. Necesito su autorización.

—¿Es que va a decirme que ha visto a Stuzzi vivo? —espetó el funcionario público, recordando las palabras que acababa de decirle el teniente Nolan.

—Yo no creo en resucitados, señor —sonrió gravemente el abogado.

En su apartamento de la calle Treinta y siete, Philip Everly releía

los últimos datos. Con él se encontraba Elma Longar, que hasta entonces había permanecido silenciosa.

—Bueno..., ¿a qué viene tanto misterio? —increpó al fin.

El abogado leyó las últimas líneas.

—Todo está en orden... Dos balas, mortales de necesidad, que le fueron extraídas, y que pertenecían a un revólver, etc., etc... Revólver que no fue hallado en casa del principal sospechoso, etc., etc... Humm. Stuzzi fue enterrado, de acuerdo con su última voluntad, en el panteón que él mismo había adquirido tiempo atrás.

—Todo esto ya lo sé. Yo acudí al entierro, igual que otros empleados. Casi todos fueron. Muchos a regañadientes, pero acudieron para quedar bien —repuso ella, como si todo aquello se le antojara absurdo recordarlo.

—Tú le viste muerto —sonrió Philip.

—Sí.

—¿Desfigurado?

—No. Estaba normal.

—Tenía que estarlo. Según el informe, le dispararon al cuerpo. Al corazón. Muerte instantánea.

—Pero, Philip... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué me preguntas todo esto? Me has hecho venir por...

—Por pedirte que disculpes mi vehemencia de anoche —repuso él soltando los informes.

—¡Tonto! Esto está olvidado. Después de todo, la que fue brusca... fui yo. Ando algo nerviosa.

—¿Por Richard?

Se encogió de hombros.

—No sé...

—¿No notas algo extraño?

—Quizá, no sé... ¿En qué sentido?

—Elma, quiero decirte algo. Tómame por loco, si quieres, pero... anoche vi a Stuzzi. En Broadway.

Con los ojos casi fuera de sus cuencas, ella exclamó:

—Pero... esto... ¡No puede ser!

—Ya lo sé. No creo en fantasmas.

Y, tableteando con sus dedos sobre el escritorio, se detuvo ante la novela de Richard, *El hombre resucitado*.

Iban los dos en el automóvil. Conducía Philip.

—¿Se sabe algo del testamento de Stuzzi? —inquirió él.

—Pues que yo sepa..., creo que tiene que abrirse un día de éstos.

—¿Por qué no antes? Hace ya casi dos meses que murió.

—Bueno... ¿No vamos ahora a casa de los notarios? Ellos te informarán mejor que yo. De sus asuntos personales no me ocupaba.

—¡Mujer! Eras su secretaria.

—Sólo para las cosas de trabajo —repuso ella, pensativa.

La firma neoyorquina de notarios, situada frente al Central Park, casi en la confluencia de la calle Setenta y dos, era de las más conocidas.

Eilson & Stoddard.

Philip Everly habló con el viejo señor Wilson, quien le dijo todo lo que estaba autorizado a decirle respecto al particular.

—Las órdenes son de abrir el testamento a los dos meses. Esto quedó bien claro.

—¿Modificó el testamento alguna vez el señor Stuzzi? Eso sí puede decírmelo —inquirió Philip.

—Puedo decirle que rehízo el testamento en tres ocasiones.

—¿Reciente, la última?

—Relativamente. Le daré más información después de la lectura.

—Gracias, pero... ¿No puede anticiparme quién es el beneficiario?

—¡Señor Everly! Usted, precisamente, no debería preguntarme esto —repuso el notario.

Philip sonrió.

—Lo sé, lo sé. Puede que volvamos a vernos. Gracias por todo.

—De nada —repuso el notario.

—¡Ah! Otra cosa... Además de su esposa..., ¿tenía más parientes el señor Stuzzi?

El notario contestó, sin vacilar:

—Claro, su señora madre.

—Gracias.

De regreso al coche, Elma mostró su asombro.

—¿Su madre? Yo no sabía nada. Nunca mencionó a su madre —comentó ella.

El abogado sonrió.

—Será porque nunca te hablaba de sus asuntos particulares. —  
Luego añadió—: Tal vez Richard sepa algo.

Richard Caine mostró la misma extrañeza que Elma. No sabía nada.

—La verdad es que tampoco hubo ocasión de hablar de su madre... Aunque yo creía que tipos así no pueden tener madre.

—Cálmese, hombre... —sonrió Philip—. Me limito a investigar.

—¿Qué puede tener que ver la madre de Stuzzi en todo esto?

—No lo sé. De veras. ¡Ah! ¿Y hermanos? ¿Tenía hermanos?

—¡Yo qué sé! Si los tenía, no los conozco. ¿Por qué me hace esas preguntas?

—Ya se lo he dicho. Estoy investigando.

—¿No es usted mi abogado? ¡Tengo derecho a saberlo!

Philip iba a decirle algo, pero lo pensó mejor y se limitó a contestar:

—¡Bah! Es una tontería... Por cierto..., en su novela *El hombre que resucitó* hay una gran dosis de ingenio.

—¿No lo dijo ya alguna vez? —repuso Richard, en plan de reproche.

—Es posible. Lo que ocurre es que no resiste ni el más leve análisis... Es pura fantasía... —Y recordando el argumento, añadió —: Un hombre al que asesinan, destrozándole por completo el rostro, de varios balazos. El asesino obra impunemente porque luego resulta que el asesinado revive.

—Conozco el argumento —atajó Richard, pero el abogado prosiguió, a pesar de todo.

—Sí, sí... Y luego resulta que el muerto es un infeliz, y el asesino y la presunta víctima se han puesto de acuerdo para el crimen.

Richard, ufano de su idea, prosiguió:

—No se puede demostrar que la víctima fue otro, porque el cadáver desaparece antes de ser llevado al depósito. El testimonio del portero y el de la mujer de la limpieza son buenos hasta el regreso de la «víctima». Un crimen imperfecto, que se convierte en perfecto por falta de pruebas.

—Muy trivial. No resiste un análisis —insistió el abogado.

—Es sólo un entretenimiento, Everly. Por un par de dólares, ¿qué quiere usted más?

—No cree en la justicia, ¿verdad, Caine? —inquirió Philip, de pronto.

—No —repuso Richard, sin vacilar.

—Me lo temía. Bien. Por hoy, nada más.

Poco después de haber salido Philip, a Richard le aguardaba otra visita. Era una muchacha joven, de aspecto sencillo y mirada asustada.

Richard la recibió con gran satisfacción.

## CAPÍTULO VIII

—Cinco minutos —anunció el policía de servicio, cuando la muchacha cruzó el umbral de la pequeña estancia para visitas. Luego, cerró la puerta.

Richard cogió a la muchacha por los hombros, y murmuró:

—Te esperaba antes... ¿Cómo va todo, Jane?

—Bien... Creo que bien —balbució ella.

—¿Qué te pasa? No te gusta este sitio, ¿verdad? Bueno, son cosas que ocurren.

—Richard... —musitó ella, a media voz—. ¿Por qué, desde el principio, no dijiste que...?

—Dije lo que tenía que decir —atajó el preso.

—Oh, Richard... Si hubieses dicho que habíamos pasado la tarde juntos...

—Olvida eso, Jane, olvídalo. ¿Quieres?

—Pero tú estás aquí.

—La verdad resplandecerá —sonrió él, con marcada ironía.

—No sé...

—Tú cuídate, Jane, y repíteme que todo va bien.

—Sí, sí..., todo va bien —musitó ella.

—Entonces, estupendo. ¡Tengo un buen abogado, muy sagaz! No estoy nada mal, y esto será una buena propaganda para mí.

—¿Te interesa tanto la publicidad?

El le guiñó un ojo.

—Mi querida Jane..., ¿qué voy a decirte? Las cosas se han presentado así. Ya me conoces. Soy vehemente. Creo que hago lo que debo.

—Tú sabrás.

Richard la cogió de la barbilla, cariñoso. Ella dijo algo en voz muy baja. El policía de servicio, tras la puerta, no hubiera podido oírlo, por más esfuerzos que hubiese hecho para conseguirlo.

A la misma hora, Hellen Stuzzi (Storkie, de soltera) recibía una visita inesperada.

La señora Warner estaba frente a ella, y la señora Warner señalaba con el índice el retrato, una pintura que presidía el amplio y lujoso *hall* de la villa, de su hijo.

—Es él... Mi hijo. ¡Oh! Qué maravilloso cuadro.

Hellen no salía de su asombro.

—¿Su madre? No comprendo...

—Nadie comprende... ¿Es que mi hijo no habló de mí nunca?

—Bueno, sí... Quizá alguna vez la mencionó, pero... No sé... Hablaba de usted como si estuviese muerta. O tal vez ésa es la impresión que yo saqué —se disculpó Hellen.

—¡Oh, querida! Usted no tiene la culpa, por supuesto. Ahora comprendo... Pero me duele, ¿sabe? Me duele no haber podido estar al lado de mi hijo en sus últimos momentos.

—Todo fue muy repentino, señora. Nadie podía esperarlo.

—¿Puedo ver su tumba?

—Sí..., por supuesto, pero no está aquí. Y ahora es un poco tarde para ir al cementerio. ¿Dónde se aloja usted?

—¿Alojarme? No... No había pensado en ello. Llegué esta mañana. Un largo viaje. Larguísimo. Estoy cansada.

—Bueno. Si..., si quiere quedarse aquí, diré que la acomoden.

—Me encantaría, querida... ¡La casa de mi hijo! Una casa que yo jamás pude soñar... Pero no quiero ser un estorbo. Usted ni siquiera me conoce.

Hellen se sentía incómoda. Realmente incómoda. Pero ¿qué debía hacer?

Dio una excusa y habló por teléfono con su abogado.

—Sí —le dijo el letrado—. Creo que puede alojar a esa mujer en su casa. Desde luego, no tiene ninguna obligación de hacerlo, eso por supuesto.

—Pero ¿es realmente su madre? ¿Sabía usted algo de esto?

—Pues sí... Su marido me habló de ella en alguna ocasión, pero no quería que se supiera.

—¿Y de dónde le dijo que era? —preguntó la viuda.

—De Albuquerque... La policía ha estado preguntando también —repuso el abogado.

—Bien, bien, gracias.

—Señora Stuzzi —insistió el letrado—, repito que no tiene usted ninguna obligación.

—No me importa alojarla. Gracias —repuso ella, y colgó.

La anciana mujer fue pronto a descansar, y se durmió enseguida, demostrando que realmente estaba cansada, y necesitaba reposo.

Hellen la observó en silencio desde el umbral de la habitación que le había sido asignada, y acabó encogiéndose de hombros. Aquello resultaba demasiado inesperado.

Nerviosa desde la muerte de su marido, salió al amplio jardín de aquella magnífica casa a orillas del río, frente a Staten Island.

Fue al cabo de unos minutos. Hellen no habría podido decir el tiempo que pasó mirando el cabrilleo de la luna sobre las aguas del río.

Escuchó un grito, y la voz de la señora Warner, que no tardó en aparecer por la salida de la casa que comunicaba con el jardín.

—¡Le he visto! —gritaba la mujer—. ¡Le he visto! Era él. Mi hijo... ¡Dios mío! Creí que había soñado, pero le he visto.

El criado y la doncella salieron inmediatamente detrás de la señora Warner, sin saber qué hacer. Hellen llegó junto a la mujer para pedir una aclaración.

—¿Qué es lo que ocurre, señora Warner? ¿A quién ha visto usted?

—Mi hijo. Era John. Estoy segura.

Los criados cambiaron una mirada de asombro con Hellen y, por su gesto, ella comprendió que no habían visto nada.

—Bueno, tranquilícese —carraspeó Hellen, confusa ante la anómala situación.

—¡Oh! Ustedes creen que he soñado —repuso la señora Warner, comprensiva.

—Está usted cansada. Ha hecho un largo viaje —murmuró Hellen, tomándola por el brazo.

La mujer se dejó conducir nuevamente a la habitación del piso alto. Luego insistió:

—Yo juraría que era mi hijo. La habitación estaba oscura, y él se hallaba allí. Al pie de la cama. Puede..., puede que haya sido una pesadilla —admitió, ante el silencio de Hellen.

## CAPÍTULO IX

Philip había pasado buena parte de la mañana siguiente repasando los apuntes del caso, y poniendo en orden sus confusas ideas.

—Aquí hay algo extraño... Yo diría que es un asesinato con trampa. Asesinato, porque hay un muerto con violencia, pero alguien no dice todo lo que sabe.

Comunicó eso por teléfono a Elma Longar, cuando ella le telefoneó a la hora del almuerzo.

Quedaron en verse más tarde.

—¿Pasarás a recogerme? —preguntó ella.

—Sí. A las cinco y media estaré allí —prometió él.

Pero entre mediodía y las cinco y media, tenían que ocurrir bastantes cosas.

De la primera de ellas se enteró Philip al salir a la calle y comprar uno de los periódicos de la tarde.

«¿Un hombre muerto que resucita?».

Así rezaba el titular en la página de sucesos y, a continuación, el periodista añadía:

«La madre de John Stuzzi, el hombre que fue asesinado en su despacho, asegura haber visto a su hijo».

Philip casi pegó un brinco al leer la noticia, y se apresuró a ir al encuentro de Elma, con toda la rapidez que le permitía el tránsito rodado de Manhattan.

Al mismo tiempo, en la central de Homicidios, el ayudante del fiscal sostenía una conversación con el teniente que llevaba el asunto.

—Ya he llamado al periódico —estaba diciendo el policía—. La mujer le fue con el cuento al reportero y, a falta de noticias mejores, soltó lo que ella le había contado.

—¿Dónde se aloja esa mujer? —inquirió el fiscal.

—Fue a ver a la señora Stuzzi.

—¿Hellen Stuzzi? —inquirió el ayudante del fiscal.

—Sí. Pasó la noche en su casa y esta mañana, a primera hora, desapareció. Es lo que me dijo la señora Stuzzi por teléfono.

—Debería encontrar a esa mujer e interrogarla —dijo el ayudante del fiscal—. Debe estar loca, pero quiero un informe antes de que aparezcan nuevos artículos.

—Estamos intentando localizarla —repuso el policía, con aire fastidiado.

—Bien. No quiero que eso se repita. Se trata de un caso claro. Toda publicidad está de más.

—Opino lo mismo —concluyó el teniente.

Philip, por su parte, dejó a Elma en el bar, tras haberse entrevistado con ella brevemente, y pidió un permiso urgente para hablar con el preso.

Cuando el abogado estuvo ante Richard no se anduvo con medias palabras; tras mostrarle el periódico, espetó:

—Bien, amigo mío... Explíqueme dónde está el truco.

—¿Qué truco? —soltó Richard, tras leer la noticia del periódico que Philip le había mostrado.

—Le contestaré con otra pregunta. ¿Busca usted publicidad?

—La publicidad gratuita me encanta, pero en este asunto hay algo más, abogado. ¿No se ha dado cuenta?

—Me he dado cuenta de que concurren muchas circunstancias anormales. Su pasividad, por ejemplo. ¿A qué aguarda para soltar el as que tiene en la manga?

—No guardo ningún as en la manga. Se equivoca usted de medio a medio.

—Espera resignado. Yo diría que hasta seguro de que el triunfo final será suyo. Puestos en este plan, debería decirle que se defenderá a sí mismo cuando llegue el momento de enfrentarse ante el jurado.

—¿Qué pretende que le diga?

—Simplemente..., ¿qué ocurrió aquella tarde en la oficina de

Stuzzi?

—No lo sé.

—No lo sabe, ¿eh?

—Yo no maté a Stuzzi. Convénzase porque, de lo contrario, mal podrá defenderme.

—Escuche, Richard... Lo que esta mujer ha declarado... me recuerda su novela *El hombre que resucitó*.

Richard sonrió con cierta amargura.

—Pero usted no irá a creer esto, ¿verdad, Everly? La gente no resucita.

—¿Y usted qué cree?

—Oiga, Everly. Yo estoy aquí, entre rejas. ¿Qué quiere que sepa? Lo que dice esa mujer es pura fantasía.

—¿Y si le dijera que yo también he visto a Stuzzi? —soltó, de pronto, el abogado.

—No bromeo.

—Le hablo en serio.

Richard paseó nerviosamente, sin soltar ni una palabra, como si no acertara a encontrar respuesta alguna.

—Todo esto es absurdo —comentó, al fin.

—Quizá no tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Es usted quien tiene que hablar. Por eso le he preguntado, al entrar, dónde estaba el truco... Es mejor que hable claro, Richard... Es por su bien.

El escritor permaneció silencioso mirando fijamente a Philip. Al fin soltó:

—Sé lo que piensa, amigo.

—¿Sí?

Que estoy intentando dejar en mal lugar a la justicia para salir luego con un golpe de teatro. Pues se equivoca. Lo que ocurre puede que tenga muchos puntos de contacto con mi novela, pero le aseguro que no lo he planeado yo.

—¿Me da su palabra de honor? —preguntó Philip, después de un corto silencio.

—Si le sirve de algo, ya la tiene usted.

—Richard... Voy a pedir al juez que le dejen salir bajo fianza...

—comentó el abogado antes de dejar el cuarto de las visitas.

—No tengo dinero para pagarla. Ya lo sabe. Soy pobre.

—La pagaré yo. Tengo algunos ahorros.

—¿Y si huyo? Perderá su dinero.

—No. No huirá usted... Oculte lo que oculte, lo sabré, Richard.

—Oiga... ¿De parte de quién está? —sonrió el escritor.

—Suya, por supuesto, pero no me gusta que me utilicen.

—Escuche, Philip... Estoy convencido de que usted encontrará la verdad —dijo Richard, mirándole de hito en hito.

—¿Por dónde empezaría usted a buscarla? —inquirió el abogado, a su vez.

—Por la cinta magnetofónica que dejó grabadas las últimas palabras de Stuzzi.

—Una cinta no es, afortunadamente para usted, una prueba concluyente. No se admite en una vista. Pero el portero oyó esas palabras. Es su testigo de cargo, y eso sí se admite.

—De todos modos, repase usted esa cinta; yo diría que ahí puede estar la clave. Y no me pregunte más. Yo no soy adivino.

Philip salió de la estancia y, poco después, se reunió con Elma. En el bar le contó los pormenores de la entrevista y ella, a su vez, quiso saber la opinión del abogado.

—¿Crees que miente?

—Mentir, no.

—¿Oculta algo, entonces?

—Eso quizá.

—¿Le crees culpable?

—¿Y tú?

—No... —vaciló ella—. Yo no te hubiera llamado.

—No estás segura.

—Es extraña su actitud... Al menos, por lo que tú dices.

—Oculta algo, eso es evidente, pero yo diría que está desconcertado. Que trata de pensar por sí mismo, de descubrir la verdad... Creo que tendré que escuchar de nuevo esa cinta.

—¿Dónde está?

—La tiene el fiscal. Y también tendrán que darme explicaciones sobre la presencia de la madre de Stuzzi. No se le puede ocultar nada a la defensa. Es defecto de forma. Te llamaré después, Elma. Ahora necesito hacer esas comprobaciones...

## CAPÍTULO X

La entrevista tuvo lugar en la casa particular del ayudante del fiscal que, a regañadientes, pidió excusas.

—Nadie conocía la existencia de la madre de Stuzzi. En cuanto a la información del periódico, le ruego que no trate de sacar partido de ella. Están intentando localizar a esta mujer. Conseguiremos demostrar que es sólo una visionaria. Su hijo está muerto. Bien muerto. Aquí no hay dudas de ninguna clase.

—¿Quién vio el cadáver? —interrogó innecesariamente el abogado.

—El portero, los agentes, el teniente. Yo mismo, y cuantos le identificaron. Su esposa, algunos empleados. A nadie ofreció la menor duda. ¿A qué viene esto?

Philip ocultó deliberadamente que él también había visto a Stuzzi.

—Oiga... Hable con el juez. Quiero que Richard Caine salga bajo fianza —dijo, al cabo de un silencio.

—Ya se habló de ello. Caine no tiene dinero.

—Yo pagaré la fianza.

—Está muy seguro, ¿no?

—¿De que no mató a Stuzzi? Le diría que casi estoy completamente seguro... Déjeme la cinta, por favor...

—¿Cuántas veces la ha escuchado?

—Ahora la escucharemos los dos —repuso el abogado. El ayudante del fiscal puso la cinta en la grabadora, y conectó el botón correspondiente para reproducirla.

La cinta, arrancando un poco antes del momento de producirse los hechos, dejó oír la voz de Stuzzi en el momento de indicar al portero que sus visitantes, los libreros del Medio Oeste, se iban:

—«Son los señores Allbrithon y Jansen, ábrales». Luego, llegaba el instante en que el portero estableció comunicación:

—«¡Señor Stuzzi!».

Tras un silencio, sonaba de nuevo la voz del editor, un tanto lejana:

—«No, Caine... No haga usted esto...»

A continuación, sonaban los disparos. Dos.

Otro silencio, y la cinta reproducía la voz del portero, gritando:

—«¡Señor Stuzzi! ¡Señor Stuzzi!».

Había algo especial en todo aquello. Algo inconcreto, pero propicio a la desconfianza. Era todo muy sutil. Muy...

El abogado no supo definirlo mentalmente y, una y otra vez, continuó pasando la cinta.

En la reproducción podían oírse pequeños ruidos, chasquidos apenas perceptibles, golpecitos en la mesa, suspiros y algo parecido a un leve martilleo.

Philip cortó la escucha, y murmuró:

—El portero dijo que a las cinco y cincuenta le llamó Stuzzi para indicarle que sus visitantes se iban. ¿No es así?

—Sí, en efecto —repuso el ayudante del fiscal y encargado de la acusación en aquel caso.

—El crimen —siguió el abogado—, y de acuerdo con el mismo portero, ocurrió siete minutos después, exactamente.

—Fue cuando escuchó los disparos —repuso el otro.

—El portero tardó entre dos y tres minutos en subir a la planta superior y llamar a la puerta.

—Así es... Pero no comprendo...

—¿Por qué no subió por el ascensor privado? Existe un ascensor que va directamente al despacho de Stuzzi. ¿No es así?

—Ese ascensor no podía utilizarlo nadie. El señor Stuzzi lo tenía prohibido. Además, aun en un caso como éste, si es lo que iba a decir —se apresuró a puntualizar el ayudante del fiscal—, tampoco podía utilizarlo el portero porque la llave la tenía siempre el señor Stuzzi y, por tanto, no puede abrirse desde fuera.

Philip escuchó, una vez más, la reproducción de la cinta. Puso su mayor atención en los suspiros, en aquel leve y casi lejano martilleo. En el cambio de sonido, apenas perceptible entre una y otra conversación. Luego, al cerrar, el ayudante del fiscal le recordó, con una sonrisa:

—Después de todo, esto es sólo la confirmación de lo que dijo el

portero. Nú puede ser aportado como prueba.

—Lo sé, lo sé —suspiró Philip—, pero a nosotros puede servirnos, ¿verdad?

Su interlocutor se abstuvo de responder. Philip salió de la casa con expresión enigmática.

## CAPÍTULO XI

Durante la siguiente semana, Philip estuvo investigando algunos datos sin aparente importancia.

En primer lugar, comprobó que el despacho de Stuzzi era a prueba de ruidos. Elma fue una gran colaboradora, cuando el abogado encerrado en el despacho hizo una serie de ruidos que quedaron del todo inéditos en el exterior.

Levantó el cristal de la ventana, y sólo entonces le llegó el rumor de la calle.

Estuvo grabando un trozo de cinta con la ventana abierta, y la reprodujo en el acto. Cortó el trozo grabado, y se lo llevó.

Se dirigió también a la villa de Stuzzi, y estuvo hablando con la viuda de cosas que a simple vista podían parecer triviales.

Luego le pidió que le mostrara el despacho de su marido.

—Por supuesto, no tiene usted ninguna obligación de hacerlo, pero puedo conseguir un mandamiento.

Hellen se mostró solícita:

—Yo no tengo nada que ocultar. Soy la perjudicada.

—Por cierto..., ¿cómo anda el asunto del testamento?

—Mañana —repuso ella—, mañana se dará lectura.

Luego, ella le indicó el camino del despacho particular de su difunto esposo. Estaba en la planta baja, al lado de la bien nutrida biblioteca, en la que Philip se detuvo unos instantes para mirar subrepticamente algunos títulos, la mayoría versados en asuntos criminales.

—Muy interesante —dijo.

—Mi marido vivía de esto. Quería estar bien informado —repuso ella.

En el despacho, Philip se limitó a echar una amplia ojeada a la estancia. Era rectangular, de grandes dimensiones, con un par de ventanas, una al lado y otra tras la mesa, ambas daban al jardín que

rodeaba la casa.

A través de una de esas ventanas, Philip observó un montón de piedra labrada.

—¿Están de obras? —preguntó.

—Mi marido —repuso ella— quería poner un piso de piedra junto al césped, al lado de la piscina. Está ahí.

Asomándose un poco más, Philip pudo ver la piscina y un empleado que la estaba limpiando. Se percibía un débil ruido del exterior.

—Tiene una bonita casa, señora Stuzzi —comentó el abogado, dando por terminada su visita.

Al regreso, se reunió con Elma en el apartamento de la muchacha.

—Stuzzi tenía por lo menos un par de grabadoras..., en su casa. Y estaban haciendo obras antes de su muerte. Ahora, por lo visto, su esposa ha ordenado que cesaran.

—¿Piensas que... esa grabación la pudo haber efectuado Stuzzi en su casa? —inquirió Elma, al corriente de las sospechas de Philip.

—Esa clase de piedra que vi es de la que suelen poner en el suelo junto al césped, y los albañiles tienen que cortarla según convenga... Al golpearla, produce un sonido metálico, algo que, aunque sea lejano y confuso, queda registrado en una grabadora, si ésta es de buena calidad.

Tras una pausa, puso en marcha su grabadora particular, con el trozo de cinta impresionado en el despacho de la oficina.

—En cambio, escucha esto.

Al poner en marcha el aparato, quedó registrada la voz de Philip, sin ninguna interferencia. Luego, a continuación, venía el trozo grabado con la ventana abierta.

—Escucha el ruido de la calle —indicó.

—Sí. Más o menos... se oye.

—Con la ventana cerrada no es posible escuchar absolutamente nada que no sea la voz y la respiración. Con la ventana abierta, se oyen demasiadas cosas... Bueno..., esto es solo..., sólo una hipótesis —sonrió Philip, cerrando el sonido.

—Pero... Si Stuzzi hubiese grabado en su casa la parte de la cinta en que dice: «No haga eso, Caine»... ¿Qué significado tendría?

—No lo sé. Pero puede que Richard Caine sí lo sepa. Mañana

sale en libertad bajo fianza.

Ella quedó pensativa.

—No lo entiendo... Parece como si Stuzzi hubiera querido acusar de su propia muerte a Caine.

—Podría ser.

—¡Pero Stuzzi ha muerto! —protestó ella.

—Es lo que dicen todos...

—¿No lo crees?

—No lo sé, Elma, no lo sé... De momento, aún no ha sido posible hallar a esa mujer que dice ser su madre.

—Todo esto es muy extraño.

—Demasiado extraño.

—Philip... Si Stuzzi hubiese grabado esa cinta... —Ella se detuvo, pero Philip la animó a continuar:

—Sigue, sigue. Dame tu opinión.

—Habría que pensar que Stuzzi... se suicidó. ¿Es eso lo que piensas tú?

El abogado le contestó con otra pregunta:

—Tú le veías a diario. Más o menos, creías conocerle, ¿no?

—A veces no se conoce nunca a las personas, aunque se viva cien años junto a ellas.

—Cierto, pero... En tu opinión. ¿Stuzzi era un hombre de quien podía pensarse que deseara quitarse la vida?

—No —admitió ella—. Por supuesto que no... Yo diría más bien que al contrario. Se sentía superior. Se burlaba solapadamente de todos. Y a veces se burlaba simplemente, sin disimulos. No... No era de los que se suicidan. ¿Para qué? Todo le sonreía.

—A esa misma conclusión he llegado yo, Elma. Stuzzi no pensaba en la muerte. En su muerte, al menos.

—Entonces..., ¿de qué quería acusar a Caine?

Philip lanzó un suspiro, y tuvo que admitir su ignorancia.

—No lo sé, Elma. De veras...

—Y ese hombre que vio su madre, ¿quién es?

—Cuando tengamos la respuesta a todas esas preguntas, Elma, ya no habrá misterio.

Luego, como si hablara consigo mismo, Philip se preguntó:

—Y si Stuzzi no fuera el muerto..., ¿quién es el hombre que encontraron en su despacho?

## CAPÍTULO XII

A la lectura del testamento acudió Hellen Stuzzi, la servidumbre y la señora Warner.

Acudió, además, el abogado particular del difunto, señor Rickembaker, y un apoderado de la firma Nueva Edición, que agrupaba a un fuerte contingente de editores.

Philip acudió como observador, y el teniente de la brigada de homicidios aguardaba para entrevistarse con la señora Warner.

La lectura del testamento fue breve y concisa.

El difunto dejaba una suma más bien insignificante a su criado y a su doncella, que habían permanecido cinco años a su servicio, y otra suma de cinco mil dólares a su mujer, que no pudo ocultar su sorpresa.

«Me casé con una muchacha de vida alegre, y lo sabía. Lo hice precisamente para que me alegrara, y en parte lo consiguió. Eso tiene un precio, y yo pago siempre».

Ésa era la infamante explicación.

Luego, el resto quedaba todo en poder de su madre, la señora Warner. Todo, pues, pasaba a la exclusiva propiedad de la anciana mujer, que recibió la herencia con lágrimas en los ojos y loas para su difunto hijo.

Además, el abogado Rickembaker tenía plenos poderes para, de acuerdo con las gestiones que Stuzzi estaba llevando a cabo, liquidar su editorial a la firma Nueva Edición, por el precio previamente estipulado de dos millones de dólares, con la cesión de derechos y patentes, cuya suma engrosaría sus pertenencias, y pasaría igualmente a poder de su madre.

Hubo, pues, decepción por parte de la viuda, que supo

mantenerse dignamente.

La madre, después de ponderar las excelencias de su hijo, pasó a ser interrogada por el teniente.

—No pienso volver a hablar de ese asunto... Puede..., puede que fuera un sueño, y que no viera realmente a mi hijo...

—En tal caso, debe retractarse. Hable con el mismo periodista a quien usted facilitó la noticia —le aconsejó el policía.

—¿Para qué?

—Para dejar las cosas en su puesto.

—¿Por qué no están en su sitio ahora?

—Usted va a disfrutar de la herencia que le ha dejado su hijo, señora Warner. Por tanto, admite que está muerto.

—Yo no dije que viera a mi hijo vivo. ¿Acaso los muertos no pueden volver para aparecerse a los seres queridos?

El teniente sudaba.

—Por favor, señora. Seamos sensatos. Los muertos no vuelven.

—¡Usted qué sabe!

Y no quiso alargar más la conversación. Por otra parte, la policía nada podía tener contra ella, pero el teniente, por si acaso, le preguntó dónde se alojaría.

—Volveré a Albuquerque, por supuesto, pero no deseo que me molesten...

—Y durante este tiempo..., ¿dónde ha estado? ¿Se escondía usted?

—He estado en un hotel. No quería causar molestias a mi nuera... Además, ¿qué le importa a usted y a nadie lo que haga yo?

—Señora..., usted hizo unas declaraciones a un reportero.

—Teniente... Lo que dije entonces lo sostengo. ¿Tiene algo que objetar? Si usted no cree en los espíritus, no tiene por qué insistir en que los demás piensen igual... Y si quiere que le diga una cosa... ¡Entérese! Fue mi hijo quien me aconsejó que me mudara a un hotel y no hablara con ustedes. La policía lo enreda todo. Ésas fueron sus palabras.

—O sea que... ¿le volvió usted a ver?

—Claro, teniente. Pero como ya sé que usted no me cree, le ruego que me deje tranquila. Adiós.

—Está loca —murmuró el teniente, hablando consigo mismo—. Completamente loca.

Pero Philip no estaba tan seguro.

Había escuchado aquella conversación y, sin hacer el menor comentario al respecto, se volvió hacia Hellen, que se disponía a salir también, para preguntarle:

—¿Piensa impugnar el testamento?

—No tengo ningún comentario que hacer —fue la seca respuesta de la viuda.

El policía iba a salir, y comentó con Philip:

—Ya sé que no debería preguntarle, pero... ¿Piensa sacar partido de lo que ha dicho esa mujer?

—Y usted, teniente, ¿no piensa investigar?

—Yo no tengo nada que investigar. Para mí el asunto está resuelto. El detenido ya no es de mi competencia. El juez tiene la palabra.

—Sin embargo, estaba aquí para hablar con la madre de Stuzzi.

—¿Y qué? —Fue la cortante respuesta del teniente.

Luego, cada cual marchó por su lado.

Philip tenía una visita esperándole en su casa.

—Hola abogado —le saludó Richard.

—¿Cuándo ha salido?

—Hace media hora. Mi primera visita es para usted. Debo darle las gracias.

—No me las dé... Entre. —Philip abrió la puerta y le introdujo en el despacho ofreciéndole *whisky*, que Richard aceptó con ganas.

—Apetece un buen trago después de tantos días a dieta...

Philip se sirvió una pequeña dosis, y murmuró:

—La madre de Stuzzi insiste en que ve a su hijo.

—¿Y usted qué piensa de todo esto? —inquirió el escritor, tras vaciar su vaso.

—Se lo diré en cuanto haya ido a echar un vistazo a Albuquerque.

El escritor frunció el entrecejo.

—A menos —siguió Philip— que usted sea más explícito, ahora que está libre.

Tras un silencio, y después de que el abogado sirviera otro trago a su cliente, murmuró:

—Voy a contarle la verdad, Philip... Pero entiéndalo bien, lo que yo le diga aquí no tiene que salir en absoluto durante el juicio. Lo

desmentiría rotundamente. Para salvarme, si fuese necesario, tengo otra coartada. No es un as en la manga, se lo aseguro. Sólo la utilizaría en último extremo.

—¿Qué coartada?

—Una chica. Ella atestiguaría que pasé la tarde con ella.

—¿Qué chica?

—Se llama Jane.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—No quiero mezclarla. Confío en que esto se arregle por sí solo...

—¿Cómo quiere que se arregle?

—El asesino tiene que haber cometido un fallo. Uno solo.

—Explíquese.

—Philip... Su palabra de que lo que yo le voy a decir no saldrá de esas paredes.

—Bien, si usted lo desea. Al fin y al cabo, soy su abogado. Su confesor.

—Sí. En parte lo que voy a decirle es una confesión, pero lo negaré en cualquier momento. No tendrá ninguna grabadora por ahí, ¿verdad?

—Sólo mis oídos —respondió el abogado.

—Pues ábralos bien, Philip. Yo estuve allí cuando se cometió el crimen..., o lo que fuera —declaró el escritor.

Tomó asiento y, ante la mirada serena de Philip, que se recostó en su butaca tras la mesa, continuó su relato:

—Quería matar a Stuzzi... Era una idea que me obsesionaba desde hacía algún tiempo...

## CAPÍTULO XIII

Philip guardaba un silencio absoluto, dejando que su cliente continuara el relato que no parecía sorprenderle lo más mínimo.

Y Richard explicó detalladamente:

—Lo había planeado todo meticulosamente. Conozco la casa, y sé que se puede entrar por el taller de impresión y, con cuidado, puede uno llegar hasta la primera planta del edificio sin ser visto. Sobre todo, a partir del momento en que el personal de oficinas abandona el edificio.

Tras un breve carraspeo prosiguió:

—El único riesgo es el de los televisores que controla el portero, pero eso quedaba fácilmente anulado. Yo hubiera llegado a la puerta y hubiese llamado tranquilamente. Si el portero había visto una sombra, reaccionaría como lo hizo, es decir, llamando. Yo ya habría estado dentro del despacho de Stuzzi... ¿Me sigue?

—Sí, sí, continúe, se lo ruego.

—Bien. Supongamos que el portero anuncia que ha visto a alguien. Lógicamente, Stuzzi tiene que contestar, ¿no?

—Sí.

—Oiga —sonrió Richard y, cambiando por completo la voz, Richard fingió responder por boca de Stuzzi—: «Todo está en orden. Era yo quien andaba por ahí».

La voz del escritor era una imitación exacta de la de Stuzzi.

—Tiene usted una gran facilidad.

—Puedo imitar a Sinatra, a Danny Kaye y a usted mismo, si me lo propusiera.

—Siga, siga...

—A través del intercomunicador, el portero no hubiese notado la más leve diferencia —siguió Richard—. Y, por supuesto, Stuzzi habría recibido un golpe, privándole del sentido.

Richard narró la escena tal como la había vivido en su

imaginación.

Entraba. Stuzzi mostraba su extrañeza y Richard le golpeaba, rápido y contundente, dejándole sin sentido. A continuación, imitando su voz, engañaba al portero y continuaba en el despacho por espacio de treinta minutos.

Sobre las seis y veinte volvía a llamar al portero, dándole cualquier excusa para alejarle de las pantallas. Entonces, con un revólver provisto de silenciador, mataba a Stuzzi y se alejaba, utilizando una de las ventanas que daba al callejón, saltando por ella y regresando a su casa.

¿Coartada?

En primer lugar, no la necesitaba, puesto que nadie le habría visto entrar y salir y, en segundo lugar, si las cosas se ponían mal, Jane aseguraría que estuvieron juntos todo el tiempo.

Pero no ocurrió así.

—¿Cómo sucedió, en realidad? —preguntó el abogado.

—La primera parte ocurrió tal como la había planeado. Entré por los talleres del sótano, y puedo asegurarle que nadie me vio. Al llegar a la primera planta del edificio crucé rápido, y me planté ante la puerta de Stuzzi. Llamé.

Richard revivió nuevamente la escena y, a medida que la narraba, el abogado creía estar inmerso en ella.

Richard había llamado, tal como estaba recordando. Utilizó los nudillos y repiqueteó sobre el panel de madera varias veces, sin obtener respuesta.

A pesar de la insonorización, si alguien pega el oído a una puerta puede escuchar, aunque sea en tono apagado, parte de lo que sucede al otro lado, sobre todo si lo que ocurre hace ruido.

Y Richard, con la oreja pegada allí, creyó oír unas voces, y enseguida el estampido de dos detonaciones.

No había ninguna ranura para poder ver lo que ocurría dentro; ni siquiera el ojo de la cerradura, tapado por la parte de dentro, le sirvió para indagar lo ocurrido.

Llamó una vez más, con el mismo resultado negativo. Entonces pensó que el portero no tardaría en subir, y no tuvo más remedio que esconderse primero entre las mesas, y luego correr hasta la ventana que daba al callejón y saltar.

—No supe lo que había ocurrido hasta que vino la policía a casa.

Elma estaba conmigo. Había venido a verme, sin que yo lo supiera, pero esto carecía de importancia.

Tras una pausa concluyó:

—La verdad es que alguien se me anticipó. Pero ese alguien quiso comprometerme deliberadamente... Y esa cinta... Eso que escuchó el portero, desde su garita de la planta baja, tenía que estar previamente grabada.

—Y es posible que lo estuviera, Richard —corroboró el abogado—. Yo diría que la grabó el propio Stuzzi en el despacho de su casa... Oiga.

Y el abogado puso en marcha la reproductora, comentando:

—Esto lo hice yo. Está tomado desde un bar. Cerca, unos obreros partían piedra con una paleta. Escuche.

En la reproducción, el abogado hablaba y, muy lejanos, se oían los golpes de la paleta al picar sobre la piedra.

—Ésta es, por supuesto, una prueba aproximada —aclaró Philip—. Pero, más o menos, es también lo que se puede oír entre el intervalo en que Stuzzi habla con el portero para que abra la puerta a sus clientes y el momento en que le nombra a usted, Caine, y a continuación se producen los disparos.

—O sea que... Stuzzi había grabado esto de antemano.

—Parece absurdo, ¿no?

Richard guardó silencio.

—Quizá... Quizá no tanto, abogado —repuso, pensativo.

—Usted tiene mucha imaginación, escritor. Póngala en juego. ¿Qué deduce de todo esto?

Por toda respuesta, Richard apuntó con el índice a Philip:

—Busquen a Stuzzi, abogado. Búsquenlo. Tiene que estar vivo, escondido en alguna parte.

—Esto no es posible. Dos docenas de testigos le reconocieron. Se le hizo la autopsia. Stuzzi está muerto.

—No. No está muerto. No puede estar muerto. Creo que... empiezo a comprender.

—Escuche, Caine... Si él no está muerto..., ¿a quién reconocieron los testigos? ¡Dígamelo! ¿A quién?

—No lo sé, abogado, pero Stuzzi vive... ¡Vive!

## CAPÍTULO XIV

Stuzzi estaba muerto.

La exhumación del cadáver, tras la consecución de la orden correspondiente, hizo entrar en juego a unos cuantos profesionales, por ejemplo su dentista, que reconoció las composturas realizadas al muerto.

La marca de la operación de apendicitis era todavía visible.

Una cicatriz en la pierna, a consecuencia de una caída, y que estaba registrada en el dictamen médico que le fue realizado al contratar su póliza de seguros, confirmaban igualmente que el muerto era Stuzzi, todo ello aparte de sus rasgos fisonómicos, que no dejaban lugar a dudas.

Confrontados los resultados de la autopsia *postmortem* realizada por los técnicos policiales, confirmaba además que el difunto había sufrido úlcera de duodeno, lo cual concordaba también con lo declarado por su médico particular y por la propia esposa.

—¿Quiere decirme el porqué de toda esta mascarada? —inquirió el ayudante del fiscal a Philip, que estaba relejendo los informes.

—Ya expuse al juez las graves y fundadas sospechas en una posible sustitución de personalidad.

—«Sustitución» —reprochó el ayudante del ministerio público con marcado énfasis—. No le entiendo. De veras.

—Debo ocultar las razones que me han movido a esta sobreinvestigación. Son motivos profesionales. Sin embargo, debo admitir que mis dudas han resultado infundadas, pero estaba en mi derecho.

—Le aconsejo que busque la defensa de su cliente por otro lado, colega —repuso su interlocutor, acompañándole hasta la puerta de su despacho—. El crimen se ha cometido, y el sospechoso sigue siendo Richard Caine. El único sospechoso.

—Sin embargo, ahora sé que él no le mató.

—Bien. Pruébalo.

—Primero tendrá que probar usted que lo hizo —fue la réplica de Philip antes de abandonar el despacho de su antagonista, en la corte de justicia.

Philip ya había decidido cuáles iban a ser sus próximos pasos, pero antes necesitaba hacer algunas comprobaciones, y aquella noche acudió al local de la Décima Avenida. Al Dragón Azul, y lo hizo en compañía de Elma.

—¿Por qué aquí precisamente? —preguntó ella, después de que ambos se hubiesen acomodado ante una de las mesas del local.

El ambiente que les rodeaba podía definirse en una sola palabra: barato.

Bebidas baratas, público adocenado y vocinglero, y un espectáculo de lo más depravado.

—Conque aquí conoció Stuzzi a su mujer, ¿eh? —sonrió el abogado.

—¿Qué esperabas encontrar?

—¿Y qué hacía una mujer como tú sacando fotos en este ambiente?

—Tenía que vivir. Keller me propuso el trabajo, y acepté. Hay muchos tipos que les gusta retratarse con las chicas. Ya te dije que no me gustaba, pero cobraba mi dinero. Lo dejé en cuanto pude. No habrás venido conmigo para reprochármelo.

—¡Oh, no, Elma! Perdóname. Es que me asquean estos sitios. Y perdona una vez más.

—Yo estaba más asqueada que tú.

—¿Fotografiaste alguna vez a tu jefe?

—No coincidimos. Creo que te lo dije.

—No. No me lo dijiste, pero piensa en esas fotos que guardas en tu casa. Quizá en este ambiente las recuerdes mejor. Por eso te he traído.

—No entiendo.

—Te pareció que te faltaban algunas fotos, ¿no? Cuando revolvieron tu apartamento.

—Creí que lo que buscaban era el manuscrito de Richard.

—Puede que el manuscrito de Richard fuera la excusa, pero quizá se llevaron alguna foto. Tú echaste de menos alguna. Recuerda.

—Te dije que no sabía exactamente las que tenía —repuso ella, y luego, ante el silencio del abogado, añadió—: Bueno..., ¿y por qué iban a querer robarme una foto?

—Tal vez porque aparecía en ella alguien que no quería que le recordaran.

—No entiendo.

—¿Podrías conseguirme los negativos de aquella época?

—¿Los negativos? ¡Oh! No estoy muy segura de que Keller los guardara.

—Preséntame a este Keller.

—¿Ahora?

—Sigue trabajando aquí, ¿no?

—Supongo. Pero él aparece poco. —Y echando un vistazo alrededor, la muchacha se fijó en la joven encargada de sacar fotos a los clientes—. En seguida lo sabremos.

Hizo una seña a la muchacha, que se apresuró a preparar su máquina.

—No. No queremos fotos —dijo ella.

—¿Por qué no? Será un recuerdo. —Y Philip mostró su mejor sonrisa ante la resignación de Elma, que aceptó el retrato. Luego, entraron en materia.

—Escucha. Yo hice esto antes que tú —dijo Elma a la fotógrafo—. Soy amiga de Keller. ¿Viene por aquí? —¡Oh, no! Si quiere algo, tendrá que ir a su estudio—. Me lo figuraba.

—Vamos —dijo Philip.

—¿Y la foto? ¿Dónde se la mando?

—Pasaremos a recogerla —repuso Philip, cuando en el pequeño escenario daba comienzo un número de *strip-tease*.

—¿No quieres verlo? —sonrió Elma con cierta sorna.

—Pues mira, me gustaría, pero ahora tenemos que hacer, ¿eh?

Con el coche, en diez minutos llegaron al laboratorio de Keller.

Tuvieron suerte porque el melenudo y barbudo propietario del estudio estaba sacando unas fotos «de estudio» a una muchacha, que se apresuró a vestirse en cuanto supo que había visita.

Un vistazo bastó a Philip para darse cuenta de que barbas y pelos servían a Keller para disimular su proximidad a la cuarentena.

Tras la escueta presentación, y después de mostrarse muy efusivo con Elma, Philip le explicó el motivo de la visita:

—Necesitamos ver todos los negativos de la época en que Elma trabajó para usted en el Dragón Azul.

El fotógrafo lanzó un silbido.

—Menos mal que no los he tirado, pero lo haré un día de éstos. Aquí ya no se cabe.

Y les introdujo en otro cuartito, con varias mesas y estantes atiborrados de papel fotográfico, clisés, líquidos y todo cuanto puede hallarse en un estudio de aquella índole.

—Esto va a ser trabajo de chinos, que dicen que son muy pacientes. Por supuesto, yo no puedo ayudarles.

—Elma buscará lo que a mí me interesa —repuso el abogado.

—¿Tan importante es lo que necesitan? —inquirió Keller.

La mujer miró al abogado interrogadoramente.

—Sí, querida. Lo es. Y, a lo mejor, hasta tú te llevas una sorpresa.

—No lo entiendo. ¿Qué esperas encontrar?

—Si yo lo supiera, te lo diría... Pero te robaron una o varias fotos, y quiero saber cuáles. Aquí puedes encontrarlas. ¿Le importa, Keller?

—¡Por mí...! —repuso el melenudo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —inquirió ella, dirigiéndose a Philip.

—El tiempo se me echa encima, y tengo pendiente un viaje a Albuquerque, Nuevo México.

—¡Oh! —exclamó ella, comprendiendo que el abogado quería visitar, sobre el terreno, a la madre de Stuzzi.

Keller se encogió de hombros. No entendía nada ni deseaba entenderlo. No era curioso.

De regreso en el coche, Philip condujo en silencio, mientras acompañaba a Elma a su casa.

Lo rompió para decir:

—¿Seguirás en el empleo?

—Todavía no se sabe lo que harán los nuevos propietarios. De momento, todo sigue igual. Después..., depende de las condiciones.

—Sí. Es lógico.

—Me doy cuenta de que hablas por hablar, para darme conversación, pero estás lejos. ¿Qué piensas?

—Vaguedades.

—¿Secreto de sumario?

—No. Pienso en la novela de Richard.

—¡Oh, sí! Ya la leí, pero quieres decir que...

—Yo no quiero decir nada, pero lo que vio la señora Warner no fue un fantasma, Elma. Recuerda que yo también lo vi, y juraría que esta persona, sea quien sea, desea que la vean..., pero sólo algunos.

—No lo entiendo —repuso ella.

—Ya hemos llegado. Disculpa si no subo. ¡Ah! Mañana marcharé a primera hora. En avión, claro. No haré como la señora Warner, que realizó el viaje en autocares.

—Entonces..., ¿no volveremos a vernos? —comentó ella.

—Quizá estaré fuera un par de días. No sé. El tiempo que precise, y ni un minuto más.

Se miraron a los ojos. Ella tuvo la sensación de que Philip deseaba besarla otra vez, y dijo:

—Bueno. Puedes despedirte, si quieres. La otra vez fui... una estúpida.

El comprendió y se aproximó más hasta unir su boca a la de la muchacha, que aceptó y devolvió el cálido beso. Fue una escena muda, que concluyó cuando, al soltarla, el abogado rompió el silencio para decir en un cálido susurro:

—Aunque sólo fuera por esto, celebro haber aceptado este caso.

Luego se alejó, dejando a la muchacha en la calle con una sonrisa muy propia de mujer enamorada.

## CAPÍTULO XV

Avión directo hasta Lincoln y luego, mediante un coche de alquiler contratado en el mismo aeropuerto, podía llegarse con relativa facilidad a Albuquerque.

Antes de visitar a la señora Warner, Philip, por las preguntas que realizó, supo bastantes cosas de ella.

Primero, que solía frecuentar una secta cuya finalidad no quedaba demasiado clara. Pero alguien insinuó:

—Dicen que hablan con los espíritus. Bueno, ya sabe... esas tonterías —explicó una informante que, además de habladora, se mostró embelesada ante la varonil prestancia del abogado.

Otros informes llevaron a Philip a la conclusión de que la señora Warner era persona que salía poco de casa, pero que vivía bien gracias a la renta que su hijo le pasaba.

Otros le informaron de la muerte de su hijo, lo cual para Philip era obvio.

No obstante, había un punto claro. La señora Warner había hecho escasos comentarios con respecto a la muerte de John.

También resultaba claro que el hijo de la señora Warner llevaba mucho tiempo fuera de la localidad. No se ponían de acuerdo al mencionar la cantidad de años.

Mostrando unas fotos de Stuzzi, que el abogado se había llevado consigo, consiguió que algunos de sus informantes le identificaran.

—Sí. Por supuesto... Es él. Bueno, se nota que ha pasado el tiempo, pero sí... Es el hijo de la señora Warner. Eso se lo dirán mejor en el Banco. Había trabajado en el Banco. En el Comarcal.

El Banco Comarcal tenía mucho de vieja estampa del lejano Oeste, de acuerdo con la versión que Hollywood suele dar de ciertas entidades y lugares.

Albuquerque, aunque modernizado y con calles asfaltadas, tenía mucho de épocas pretéritas.

Philip trataba de imaginarse a Stuzzi en un lugar como aquél, mientras avanzaba hacia el Banco.

Le recibió el director, quien le informó:

—Sí. Estuvo trabajando aquí unos... Déjeme ver... —consultó una ficha y aclaró—: Ocho meses. Necesitaba trabajo, y a nosotros nos faltaba un empleado para el archivo. Bueno, no era trabajo para él, desde luego. Warner siempre fue pájaro de campo. Ya me entiende. No le gustaba estar encerrado. En Nueva York las cosas le fueron muy bien, según nos contó su madre.

—Cuando enviaba el dinero, ¿lo hacía a este Banco?

—¡Oh, sí, sí!

—No pretendo conocer el estado de su cuenta, pero si pudiera mostrarme su firma. Es para unas comprobaciones. Ustedes tendrán su firma registrada, ¿no?

—Por supuesto. Bueno, no creo que haya ningún inconveniente.

Philip comprobó la firma, y aprovechó un momento en que su interlocutor salió para dar unas órdenes para sacar un par de instantáneas con una diminuta máquina de fotografiar.

Luego se despidió del director, dándole las gracias, y decidió, ya sin más preámbulos, ir a visitar a la madre de Warner-Stuzzi.

La casita estaba en las afueras. Era una vieja edificación como tantas otras, que también parecía sacada de una imagen cinematográfica de la época de la vida de frontera.

La señora Warner reconoció al abogado de haberle visto fugazmente en casa de los notarios neoyorquinos.

—Sí, creo que sí... Le recuerdo. Pero no entiendo. ¿Ha hecho un viaje tan largo para visitarme?

—Tenía algo que decirle, señora Warner, y allí casi no me fue posible. Se marchó usted muy de prisa...

—¡Oh! Nueva York me aturde. Yo estoy acostumbrada a esto.

—Lo comprendo. Aquí se respira mucha tranquilidad... Por cierto..., ¿ha vuelto a ver a su hijo?

Ella pareció asombrada de la pregunta. El abogado, para ganar su confianza, le contó la verdad:

—Señora Warner, yo también vi a John después de su muerte.

—¡No!

—Sí, señora Stuzzi... ¡Oh, perdón! Quiero decir señora Warner...

Ella no supo qué decir, pareció anonadada.

—¿Por qué no nos sentamos y hablamos de su hijo? —preguntó el abogado, poniendo en su voz los máximos acentos convincentes.

—Es que... no se puede hablar de eso sin que a una la tomen por loca. ¿Sabe? Y no sé...

—Conmigo sí puede hablar.

—¿Le dijo algo mi hijo? —preguntó ella, vacilante.

—A mí, no. Pero estoy seguro de que él deseaba que yo le viese. Y no sé por qué. Tal vez a usted se lo diga.

—No, no...

—Pero a usted le habla, ¿no es así?

—Sí. A veces —admitió ella, con timidez.

—Señora Warner... Su hijo le ha legado a usted una gran fortuna. ¿Qué va usted a hacer con ella?

—Si viene a ofrecirme algo para que yo se lo compre, pierde el tiempo, caballero. Mi hijo ya me dijo que esto sucedería.

—¡Oh, señora Warner! —sonrió Philip—. Yo soy abogado. No vendo nada...

—Entonces...

—De modo que su hijo la previno contra posibles vendedores y desaprensivos, ¿eh? —inquirió Philip, atajando a su interlocutora.

—Me da buenos consejos.

—Lo que yo quería preguntarle, señora Warner, es... ¿Cómo empleará ese dinero? Usted no es joven. Bueno, quiero decir que por ley de vida...

—Sé lo que quiere decir. Mi vida ya no puede ser muy larga y, además, no necesito tanto para vivir.

—Entonces, deberá usted hacer testamento, digo yo.

—Ya lo he hecho. Mi hijo me aconsejó que lo hiciera. ¡Oh! No debería decirle esto. El me pidió que no lo dijera a nadie, pero usted me cree... Usted sabe que es verdad que se puede hablar con los... «que ya se han ido».

—Sí. A veces ocurre. Se puede hablar con ellos —sonrió el abogado, intentando darle confianza.

—Pero yo no debería violar el secreto.

—¿Qué secreto? Yo encuentro normal que usted se deje aconsejar por su hijo, señora Warner.

—Pero..., usted lo dirá a otras personas, ¿verdad?

—¡Oh, no! La verdad es que yo desearía hablar con su hijo,

¿sabe? Temo que pueda cometerse una injusticia. El es el único que sabe quién le asesinó.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Warner—. Debe ser horrible morir asesinado.

—Creo que la muerte es horrible en cualquiera de sus formas, pero a todos nos llega el momento, señora Warner.

—Sí. Es bien cierto.

—¿Cuándo suele venir su hijo? ¿Le ha visto, desde su regreso?

—No. Aquí, no. No he vuelto a verle.

—Pero tal vez venga, ¿no lo cree usted?

—Yo deseo que venga, para decirle que ya he cumplido todas sus instrucciones...

La dulzura y persuasión de la voz del abogado era el modo más eficaz para que la señora Warner desatara su lengua. Había tomado cierta confianza con Philip, que se refería a aquello con absoluta normalidad, como si el hablar con los muertos fuera algo tan trascendental que únicamente los imbéciles no pudieran entenderlo.

—¿Le dio... instrucciones?

—Sí. En Nueva York.

—Es hermoso pensar que, desde el Más Allá, alguien vela por nosotros, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Una se siente menos sola.

—Su hijo le recomendaría, seguramente, la forma de hacer el mejor uso del dinero que le había dejado.

—Bueno... Me dijo únicamente que pusiera todos los bienes a nombre de la compañía Evertton. ¡Oh! Tampoco debía decirle esto.

—¿Evertton? ¿Qué hace la compañía Evertton?

—No lo sé. El notario ha cuidado de todo. Yo puedo usufructuar la herencia mientras viva, pero, una vez llegue mi hora, todo pasará a esa compañía. No puedo defraudar a mi hijo. El lo quiere así. Y así lo he hecho... ¿Cree que he hecho mal?

—¡Oh, no, no, señora Warner...! Usted debe obedecer a su hijo y, por supuesto, no hable de eso con nadie. Como usted muy bien supone, la mayoría de la gente no lo entenderían.

—Seguro que es usted abogado, ¿verdad?

—Claro, señora Warner.

—No será periodista, ¿eh? —insistió la anciana—. Verá... Mi hijo; en Nueva York, se enfadó mucho porque dije a un periodista

que le había visto. Dijo que las personas no deben hacer publicidad con los muertos. En la otra vida todo es diferente.

—Lo comprendo, señora Warner... ¿Tiene algunas cartas de su hijo? La verdad es que su personalidad me fascina. Me gustaría verlas... Enséñeme cosas tuyas...

La buena mujer se mostró encantada ante tanta comprensión. Philip tenía la sensación de hallarse en el mismísimo nudo del misterio.

## CAPÍTULO XVI

Richard manejaba su viejo coche, con el que dio un prolongado rodeo por Manhattan, como un turista deseoso de conocer la isla.

Recorrió diversas calles del bien definido rectángulo hasta que anocheció.

A velocidad moderada y, sin prisas, cruzó el puente al final de la Calle 59, sobre el East River, en dirección a Queens.

Llevaba un buen rato mirando por el retrovisor, con la sensación de que era seguido por alguien.

¿Policía? ¿Su abogado, acaso?

No quería ser espiado, y por ello pisó a fondo, en principio para saber si sus sospechas eran del todo fundadas.

Un coche se despegó del bloque que seguía detrás. Era un automóvil negro, que pareció dispuesto a no perderle de vista.

Richard, con el volante en las manos no era ningún principiante, y, con buen estilo y mejores reflejos, avanzó a los coches que tenía ante sí, cruzó a derecha e izquierda, pasando semáforos en el último momento y, sin dejar la dirección sur, alcanzó Brooklyn.

El chófer del coche seguidor tampoco le iba a la zaga, y Richard no consiguió despegárselo durante diez minutos de marcha frenética, burlando cuántos obstáculos se interponían en el camino.

Cuando, tras cruzar las calles de Brooklyn alcanzó el puente que iba a devolverle a Manhattan, creyó haber despistado a su seguidor.

Respiró tranquilo y, al fin, al otro lado de Brooklyn alcanzó el otro puente que debía llevarle a Staten Island.

Miró por el retrovisor y no advirtió la menor señal del coche negro que había sido su pesadilla.

Continuó, más sosegado, hacia su destino.

Entretanto...

Philip había regresado a Nueva York y, desde el aeropuerto, fue directamente a casa de Elma, a la que había llamado apenas

descender del aparato.

—¡Lo encontré! —soltó ella, apenas Philip cruzó el umbral de su casa.

—Calma, querida, calma... —sonrió Philip.

—O tienes la sangre de horchata, o los nervios de acero. ¿Es que no sientes ninguna curiosidad? —espetó ella.

—Claro que siento curiosidad. Y ahora más que nunca, pero es mejor ponemos cómodos, ¿no crees?

—¡Oh, debes estar cansado! Ni siquiera te he preguntado qué tal has hecho el viaje. Pero es que estoy nerviosa, desde que encontré el negativo. Keller dijo que habíamos tenido mucha suerte, porque con la cantidad de material que tenía almacenado...

—De modo que encontraste el negativo, ¿eh? ¿Sacaste una buena copia?

Por toda respuesta, Elma sacó una fotografía de grandes dimensiones, y la puso ante los ojos de Philip.

Se trataba de un aspecto general del Dragón Azul. Era, más bien, un plano general de los que suelen tomarse sin enfocar a nadie determinado, y que se usan como propaganda del ambiente.

—¿Lo has visto? —exclamó ella, esperando el comentario del abogado.

Philip recorría con la mirada a la gente que había quedado perpetuada en aquel recuerdo. En un extremo de la fotografía aparecía lo que había estado buscando.

Richard y Hellen.

Juntos los dos. A punto de besarse. La instantánea les había cogido en el instante en que sus bocas iban a juntarse, y lo más curioso era la nitidez de la fotografía, ya que, sin ser ellos los enfocados, aparecían perfectamente claros.

—¡Nunca me había dado cuenta de ello! —aseguró Elma—. Guardaba la foto por tener una panorámica del local. ¡Yo qué sé! Seguramente, Keller la reveló como todas, y me dio una copia. A veces se guardan un montón de cosas sin saber por qué. Pero la verdad es que nunca me había dado cuenta de que Richard aparecía ahí... Mi que estuviese con Hellen, por supuesto.

Philip dejó la foto sobre la mesita.

—¿Tienes un poco de *whisky*? —le pidió.

—Creo que hay algo, sí... Pero habla. ¡Di! ¿Era eso lo que

esperabas?

—Esperaba algo, simplemente. Algo que tuviera suficiente garra como para pretender su desaparición. Y esa foto es bastante comprometedora para sus protagonistas.

—¿Para cuál de los dos?

—Yo diría que para los dos —repuso Philip.

Ella lanzó un bufido.

—No lo entiendo... ¿Quién pudo robármela, en mi casa?

—Puesto que Richard estaba detenido, sólo pudo hacerlo Hellen, que también se halla implicada en la fotografía, pero no lo creo. Muy arriesgado para ella.

—Entonces...

—Mira, Elma, la existencia de esa foto sólo podía conocerla Richard. Algunas veces debió venir a tu casa, ¿no?

—Algunas, sí, pero no vayas a pensar que...

—Yo no pienso nada. Eres libre de invitar a quien te plazca.

—Richard estuvo aquí un par de veces, sí —admitió ella.

—Y vio las fotos.

—Es posible que yo se las mostrara. Creo que sí.

—Por lo tanto, sabía que existía ese retrato en el que aparece junto a Hellen que, por cierto, va muy ligera de ropa y se muestra muy insinuante.

—Sí, sí. Admitamos que la vio. Pero no acierto a comprender...

—Querida Elma, a ninguno de los dos les interesaba que se supiera que entre ellos pudo haber algo alguna vez... Porque sabido es que donde hubo puede continuar habiendo.

—No comprendo. Ella y Richard... Pero si Richard la odiaba...

—En todo caso, fingía odiarla, pero yo pienso que no había nada de eso. Pura comedia todo.

—Entonces..., ¿ambos estaban de acuerdo? —comenzó a adivinar Elma.

—Es posible que estuvieran de acuerdo, sí...

—¿Tú lo sospechabas?

—Lo único que sospeché, desde un principio, es que no me hallaba ante ningún crimen corriente. El asesinato en sí es vulgar siempre, pero se ha tratado de presentarlo de una forma extraña, a pesar de lo que pueda opinar el teniente o el fiscal... Era como una lucha entre dos cerebros enrarecidos de tanto crear situaciones

confusas y fabricar personajes de mentes retorcidas... Para mí, esto siempre fue la lucha entre dos genios, o al menos dos seres que se creían genios. Stuzzi, por un lado, y Richard Caine por otro.

Elma escuchaba en silencio. Philip calló unos instantes para poner en orden sus ideas. Ella le interrumpió, interesada, atraída por el misterio y deseosa de llegar hasta la resolución final.

—¿Richard lo planeó todo...?

—Richard quería matar a Stuzzi, y esto lo hubiese adivinado yo por mí mismo, sin que él me lo dijera.

—¿El te dijo...?

—No me interrumpas, querida. Y esto es confidencial.

—Siempre he sabido guardar un secreto.

—Bien. Yo siempre supuse que Richard se guardaba un as en la manga... Y si no me equivoco, esas sospechas se van a convertir pronto en realidad. Sólo que en esta partida no es el escritor quien lleva la voz cantante, y me temo que se va a producir una sorpresa.

—¡Hijo! Si no hablas más claro —espetó Elma, hecha un ascua de curiosidad.

—Espero una llamada telefónica. He dado tu número de teléfono. Confío en que me llamen pronto.

—Sigo sin entender tu lenguaje. ¿Qué esperas que ocurra? ¿Quién tiene que llamarte? ¿Qué has averiguado en Albuquerque?

—¡Ah! Ahí está todo el misterio. —Y el abogado abrió su cartera, y extrajo una serie de papeles—. Sí... Ahí está todo el misterio. Sólo falta poder probarlo.

## CAPÍTULO XVII

Richard había dejado el automóvil en la zona del bosque más próxima a la villa. Luego anduvo unos trescientos metros, y se plantó ante la puerta de hierro forjado que separaba el parque de la carretera.

Era la casa de Stuzzi.

Llamó, y Hellen le abrió personalmente.

—¿Estás sola? —preguntó el escritor.

—Sí. Los criados se han despedido. Yo lo tengo todo dispuesto para irme. ¿Estás seguro de que no te han seguido?

—Me seguían, pero logré despistarles.

—¿Quién? —inquirió ella, sobresaltada.

—No lo sé, y tampoco tenía interés en averiguarlo. Supongo que debe ser la policía o tal vez Philip Everly.

—Tu abogado, ¿no?

—Lo eligió Elma. Vamos dentro.

Ella cerró la verja nuevamente, y cruzaron un buen trecho de jardín, antes de llegar a la casa.

Hellen miró hacia el parque antes de cerrar la puerta, una vez Richard estuvo dentro.

Lo que ninguno de los dos pudo ver fue el coche negro que había llegado antes que Richard, y cuyo conductor, cerca de la verja, había visto cómo la pareja avanzaba hasta la casa para encerrarse dentro de ella.

Hellen avanzó hacia el bar del salón, donde el escritor se estaba sirviendo un *whisky*.

—Me pregunto si todo esto habrá valido la pena... Me ha dejado cinco mil dólares... ¡Tenía millones! ¡Millones! Y me ha dado una limosna.

Richard tomó un sorbo de lo que se había servido, y murmuró:

—Yo no le maté.

—¿Eeeeh? —soltó ella, agrandando sus pupilas.

—No le maté, Hellen. Mis declaraciones eran ciertas. Tú no puedes saberlo porque, hasta hoy, no he tenido ocasión de hablar contigo, pero yo no disparé.

—No... No lo entiendo. ¿Quién le mató, entonces?

—¿Es que ha muerto realmente? —preguntó el escritor, mirando fijamente a la mujer.

—¡Oh, Richard! No hagas una novela de esto...

—No es una novela, Hellen. Al menos, para mí no lo es...

—No lo entiendo. Si tú no le mataste...

—Philip Everly le vio. Eso me dijo a mí... Y esa madre fantasma que ha aparecido de pronto hizo publicar un artículo, confesando que también le había visto.

—Esto no puede ser, Richard. Yo le vi muerto. Y le extrajeron dos balas del cuerpo.

Se hizo un silencio. Cada uno parecía buscar una explicación lógica por su cuenta.

Ella, pensando en los últimos días, informó a Richard:

—Tu abogado estuvo aquí... Quiso ver el despacho, y me hizo preguntas sobre si hacíamos obras en el jardín... Abrió y cerró la ventana, y sus ojos no pararon ni un instante de escrutar por todos los rincones.

—Expliqué a Philip Everly la verdad.

—¿Eeeeh?

—No te preocupes. No mencioné para nada tu nombre. Dije, simplemente, que había decidido acabar con Stuzzi, y que alguien se me había anticipado. Era necesario, ¿comprendes? Alguien tiene que investigar, y soy el primero en querer llegar al fondo de todo esto.

Otro silencio, que rompió Hellen para preguntar:

—Esa chica..., Jane. ¿Confías en ella?

—Es hija de un viejo amigo a quien yo ayudé cuando estaba necesitado. Ella me mira como si fuese un dios, y está enamorada de mí. Sólo tiene dieciocho años, pero sé que haría cualquier cosa que yo le pidiese. Incluso jurar en falso. En caso necesario, será mi coartada. ¿Por qué me preguntas si me fío de ella?

—Esa fotografía que tú viste en casa de Elma...

—¿La que estamos tú y yo juntos? No te preocupes, ella cuidó de

ir a la casa. Se llevó el manuscrito y la foto.

—¿El manuscrito?

—Para despistar. Necesitaba que creyeran que habían ido en busca del manuscrito. No creo que Elma eche de menos la foto, pero aún así... es posible que nunca sepa por qué se la han robado. Es decir..., si es que piensa en un posible robo.

—¿Y Jane? ¿No hizo preguntas?

—En absoluto. Le dije dónde podía encontrar la llave del apartamento de Elma, y lo que debía hacer. Lo hizo, y nada más.

Hellen paseó, nerviosa, por la habitación.

—Dame algo de beber. Lo necesito. Estoy nerviosa. No puedo evitarlo.

Tras otro silencio, Richard adujo:

—Hellen..., empiezo a estar convencido de una cosa.

Ella esperó a que el escritor continuara.

—Stuzzi tenía que saber lo que planeábamos.

—Imposible... Siempre que hablamos de esto, fue a solas.

—Quizá nos descubrió...

—Si hubiese sido como tú dices, no se habría dejado matar.

Entonces, en el piso alto, comenzaron aquellas pisadas que resonaban por toda la casa.

Richard y Hellen cambiaron una mirada entre sí.

Las pisadas sonaban sobre el mismo *living*. Encima de las cabezas de la pareja.

¡Había alguien en la casa!

¿Quién?

Los pasos discurrían por el corredor hacia el rellano superior. Instintivamente, Richard y Hellen se aproximaron al umbral de la puerta del salón y sus ojos miraron hacia arriba...

## CAPÍTULO XVIII

El conductor del auto que había seguido a Richard estaba ahora llamando desde una cabina pública, en la encrucijada de carreteras.

El timbre sonó en casa de Elma, que inmediatamente tomó el auricular.

—¿Está Philip en casa? —inquirió el hombre.

—Sí. ¿De parte de quién?

—Está esperando mi llamada. Por favor, dígle que se ponga.

Elma pasó el teléfono a Philip.

—¿Eres tú, Pete? —inquirió el abogado.

—Sí, Philip. He seguido a tu hombre. Pensé que le perdería porque se dio cuenta y aceleró como un loco, pero cuando le vi enfilar hacia Staten Island recordé las señas que me diste, y, perdido por perdido, me adelanté. Tuve suerte. Fue directamente a esa casa que me indicaste.

Philip sonrió.

—A casa de Stuzzi, claro... ¿Quién le abrió la puerta?

—Una mujer. Creo que está sola en la casa, y bastante nerviosa. La estuve observando antes de que Caine llegara. No hacía más que pasear por el jardín y consultar el reloj. Ella no me vio, por supuesto.

—Buen trabajo, Pete.

—¿Qué hago ahora?

—Quédate vigilando la casa. Yo vendré a relevarte ahora mismo. No te importa esperarme, ¿verdad?

—¡Oh, claro que no, Philip! Volveré a la casa. ¿Quieres que entre?

—No, no. Vigila simplemente el exterior. Si Richard Caine sale antes de que yo haya vuelto, síguelo, ¿eh?

—De acuerdo —repuso el otro.

Philip colgó, y dijo a Elma:

—Es Pete. Tiene una agencia de detectives. Es muy eficiente, y lo bueno de él es que no hace propaganda, pero no se le escapa una presa.

—Entonces —repuso Elma—. Richard y Hellen...

—El no había planeado un crimen por simple venganza. De eso me di cuenta cuando me contó su verdad, que resultó ser una verdad a medias. Escondía algo... Lo sabía. No me preguntes por qué. Yo también tengo intuición. Además, en todo ese asunto se mostraba extrañado. No preocupado por su suerte, sino desconcertado. Tenía el rostro de quien confía en el triunfo y, de repente, se lo arrebatan sin saber cómo.

Tras una pausa, y mientras ya se disponía a marchar, añadió:

—Ahora sólo falta descubrir a la persona que se anticipó a Richard Caine.

—Esas fotos de las cartas que has conseguido en casa de la señora Warner prueban que...

—Prueban que las escribió Warner. John Warner. El es el asesino.

—Pero..., ¿quién es John Warner? —inquirió ella.

Allí estaba la clave del misterio. ¿Quién era, realmente, John Warner?

El abogado salió de la casa. Tenía el coche frente a la puerta. Se lo había dejado Elma, siguiendo sus instrucciones, cuando la llamó desde el aeropuerto.

—¡Philip! ¿Puedo venir contigo? —gritó ella, desde la escalera.

—No, no. Demasiada gente —repuso el abogado.

—¿No llamarás a la policía? —interrogó ella.

—Todavía no. Sería espantar la caza...

Y el abogado salió a la calle para subir al coche y ponerlo en marcha rápidamente.

Elma se preguntaba a sí misma:

«John Warner... ¿Quién demonios es...?»

## CAPÍTULO XIX

Richard y Hellen seguían en el umbral de la puerta que comunicaba el salón con el *hall*.

Las pisadas del piso superior estaban ya próximas al rellano, pero la persona que las producía aún no había aparecido.

Fue entonces cuando cesaron de repente.

Hellen estaba asustada.

—No te muevas —pidió Richard, en un susurro—. Voy a subir.

—Ten cuidado.

Richard iba a avanzar cuando sonó un chasquido. La luz se apagó, de pronto.

—¿Qué ha sido esto? —inquirió ella.

—La caja de los fusibles. ¿Dónde está?

—Hay... una arriba —balbució ella.

—Entonces, la han cortado adrede. Quieren que permanezcamos a oscuras.

Las pisadas se reprodujeron en aquel momento.

Hellen, instintivamente, buscó refugio en el cuerpo del escritor.

Los pasos llegaron hasta el rellano. El haz de luz de una linterna describió un círculo en lo alto de la escalera. Y alguien comenzó a descender, recreándose en ir despacio y aumentar aquel momento de terror que invadía el cuerpo de Hellen y mantenía con los sentidos tensos a Richard Caine.

La persona continuó descendiendo con aplomo. La luz enfocó ahora los pálidos rostros de la pareja.

—¡Basta ya! —gritó Richard—. ¡Esto es una mascarada!

Una risa siniestra surgió de la garganta del hombre de la linterna. Una carcajada irreconocible.

Richard avanzó.

—¿Quién diablos es usted? ¡Deje de hacer el idiota!

Entonces, a falta de tres peldaños, una voz bien conocida de los

dos repuso:

—Tú te crees un maestro en situaciones de angustia, Richard Caine. Pero hay quien te supera, ¿no? Yo, por ejemplo.

—Esa voz... —musitó ella, al borde del desmayo.

La linterna describió un rápido círculo, y la luz enfocó el rostro del hombre de la escalera.

—¡No! —gritó ella.

Se desmayó definitivamente, y Richard apenas pudo sostenerla para que no se cayera.

El no tenía miedo, pero tampoco comprendía muy bien lo que todo aquello significaba. Porque el hombre que tenía ante sí era Stuzzi. John Stuzzi.

Philip aceleraba el coche, deseando llegar cuanto antes a la villa de Staten Island.

Elma no había quedado satisfecha en absoluto con su papel de segundona, y no estaba dispuesta a esperar. Presentía que iba a ocurrir algo, y no pensaba dejárselo perder. Tomó el coche, y enfiló en la misma dirección.

Pete, el detective privado, permanecía cerca de la verja, ajeno a lo que ocurría en la casa. Consideraba que su misión, conforme le había indicado Philip, era la de vigilar si la pareja o Richard salían de la villa, y nada más. Por otra parte, la lejanía le impedía adivinar el drama que se desarrollaba entre aquellas paredes.

Y el drama proseguía, aunque sus ribetes se aproximaban a la tragicomedia.

Richard seguía observando el rostro del editor oficialmente muerto. Pero ahora, más que el rostro, era el revólver, provisto de silenciador, que empuñaba en la mano derecha.

—Éste será el crimen perfecto, Richard. Lo que nunca has conseguido en ninguna de tus novelas... No podrán acusar a un muerto de haber acabado con los dos. ¡Cógela a ella y sal fuera! ¡De prisa!

—Un momento... Tú no puedes ser Stuzzi. Enciende las luces. Muéstrate cual eres...

—No trates de ganar tiempo. Es inútil.

—¿Por qué no enciendes la luz?

—¿Es que no ves bien mi rostro?

—Veo un rostro. Eso puede arreglarse fácilmente... Y la voz

también se puede imitar.

—Es lo que tú pretendías hacer, ¿verdad? Lo planeaste bien, y hasta lo ensayaste con mi mujercita. Los dos bien de acuerdo para quitarme de en medio y disfrutar mi herencia... Pero John Stuzzi lo descubrió. Sí. Soy más listo que vosotros, y dejé que continuarais gozando prematuramente de mi muerte. Sabía que el último en reír sería yo... Hubiera podido acumular pruebas contra Hellen, y pedir el divorcio, pero estas cosas siempre son caras. Un paso en falso, y la muy zorra hubiese tenido derecho a una pensión de por vida... Y luego, los comentarios y las burlas. No, no... Los traidores deben pagar con la muerte, pero los crímenes perfectos no abundan. Y un marido siempre es sospechoso de la muerte de una presunta esposa infiel, pero cuando hay de por medio un escritorzuelo que se cree muy listo, sólo falta provocarle... Por ejemplo, publicándole una novela suya, pero escamoteándole su paternidad...

Richard escuchaba, atento, las palabras de aquel hombre que tan bien conocía todo el intríngulis del asunto. Le dejó que continuara hablando:

—Te conozco bien, Richard. Sé cuáles son tus reacciones. Tú me odiabas, pero matarme a sangre fría te costaba un poco. Necesitabas que yo te empujara. Y lo hice publicando ese libro. Entonces sí me odiaste de veras, y fijaste una fecha... El día tantos... Y yo te esperé. Te esperé en mi despacho, pero dispuesto a cambiar por completo los papeles. Y, sobre todo, a demostrarte quién es el más fuerte.

—Sigue hablando, espíritu. Todavía no me has convencido.

—¿No, eh? En primer lugar, he demostrado que, ante la justicia, eres el culpable de mi muerte. Aunque te dejara vivir, no saldrías bien librado del juicio. ¡Vamos! Coge en brazos a Hellen.

—No quiero. Dispara aquí, si pretendes matarnos...

—¿Sí? —sonrió el rostro y, seguidamente, apuntó hacia Hellen, que estaba tendida en el sofá en que la dejara el escritor.

La mano firme de aquella aparición fijó su puntería. Richard gritó:

—¡No!

Era demasiado tarde. Sonó un chasquido, amortiguado por el silenciador. La bala alcanzó el rostro de Hellen, que murió sin haber despertado de su desmayo.

—¡Asesino! —gritó Richard.

—¡Quieto! —le conminó el otro, apuntándole a él.

Richard comprendió que la siguiente bala le sería destinada a él.

## CAPÍTULO XX

El abogado cruzaba ya el puente, en dirección a la isla. A pocos minutos, Elma seguía, por diferentes calles, la misma ruta.

En el exterior de la villa, Pete encendió un cigarrillo con aire aburrido.

Y dentro proseguía la tragedia, en todo su apogeo.

Richard, obedeciendo al hombre del revólver, comenzaba a subir la escalera. Detrás estaba él (Stuzzi o quienquiera que fuera). Seguía hablando:

—Cuando descubran el cadáver de Hellen, tú pagarás también por ese crimen. Ya ves. Voy a dejarte vivir para que cuentes la fantástica historia de que un muerto ha vuelto de su tumba para perpetrar un crimen. ¿Quién te va a creer, infeliz? Esto no es una novela. Está sucediendo. Y lo he planeado yo.

Estaban en el rellano. Stuzzi le indicó que continuara hacia el cuadro de los fusibles, que iluminó con la linterna.

—Vamos. Quieres verme, ¿verdad? ¿Quieres asegurarte de que soy yo? No lo crees... Bien. Enciende las luces.

Richard avanzó la mano hacia el interruptor. Estaba de espaldas al otro, pero sentía su aliento muy cerca.

Dio la vuelta a la llave, y la luz volvió a la casa.

—Puedes volverte —le dijo el otro.

Richard dio la vuelta lentamente. Stuzzi dio la luz del rellano, y su rostro quedó perfectamente iluminado.

—¡Stuzzi! ¡John Stuzzi! —Tuvo que admitir Richard, incrédulo.

—¿Te has convencido ahora?

Richard, recobrado ya de su sorpresa, y sabiéndose superior en fuerza, decidió pasar a la acción.

—Luego aclararemos esto —dijo, al tiempo que soltaba una patada a la mano armada del resucitado editor para golpearle seguidamente al rostro con los puños.

Stuzzi consiguió esquivar la pegada, pero no pudo evitar que el revólver escapara de sus manos. Retrocedió para evitar las insistentes acometidas de Richard, y tropezó con una de las sillas.

Cayó, y Richard se echó sobre él, pero el editor logró, rodando sobre sí mismo, evitar el empuje de su rival, y se incorporó, intentando pasar al ataque.

Richard le acorraló contra la barandilla del rellano, empujándole una y otra vez.

El editor, con la espalda saliendo por encima de la barandilla, parecía a punto de saltar desde lo alto. Se rehízo como pudo, y golpeó la espinilla de su adversario.

Richard aguantó el golpe, y trató de embestir nuevamente a Stuzzi, que se apartó a tiempo.

El empuje de Richard era tal, que no logró detenerse. Su cuerpo perdió el equilibrio, y saltó al vacío.

La caída le aplastó contra el suelo. Stuzzi, jadeante, recogió su revólver y miró alrededor, tratando de hallar alguna prueba que pudiera delatarle. Al no encontrar nada, dio por terminada su estancia en la casa. Sin apagar las luces, se dirigió hacia la puerta para salir.

Corrió hacia la salida, en el momento en que el coche de Philip enfilaba el último trecho de la carretera.

Se paralizó ante el ruido del coche y, al ver que se detenía cerca de la casa, optó por saltar la barandilla de piedra y recorrer la orilla del río hasta el punto donde había dejado la embarcación a motor, una lancha rápida que, sin duda, había utilizado para llegar hasta allí.

—¡Por allí! —gritó entonces la voz de Pete.

Pete había visto huir a la sombra, y se disponía a seguirla cuando vio a Philip.

Éste saltó hacia la vereda que conducía a la pequeña playa de guijarros.

Stuzzi, temiendo ser descubierto, se echó hacia atrás, amparándose en las sombras.

Philip corría tras él.

Stuzzi apuntó con su revólver, y disparó sin contemplaciones.

La rapidez del disparo le impidió fijar la puntería, pero Philip, aún sin escuchar la detonación, intuyó el peligro y se echó al suelo.

—¡Cuidado! —gritó a su amigo, el detective, que venía detrás.

Stuzzi volvió a disparar, al tiempo que huía a la carrera, siempre por el borde del agua, y buscando entrar a la casa por el embarcadero perteneciente a la misma.

El abogado prosiguió la persecución con algún retraso, pero ganando terreno nuevamente.

El editor consiguió llegar a la escalera, y subió otra vez hacia el jardín. Allí empezó a correr hacia la puerta, libre de obstáculos.

Philip le seguía a corta distancia. Stuzzi se volvió para disparar, pero el abogado, lanzándose en plancha al suelo, y rodando sobre sí mismo, evitó los disparos, al tiempo que se aproximaba al fugitivo.

Stuzzi, cerca ya de la puerta, se vio cortado por el par de potentes faros que le deslumbraron momentáneamente. ¡Era el coche de Elma, que acababa de llegar!

Se volvió, sintiéndose acorralado. Había vacilado los segundos suficientes para que Philip pudiera saltar sobre él, derribándole.

En el suelo le propinó un golpe, con la fuerza suficiente para dejarle fuera de combate. Luego, al mirarle fijamente al rostro, murmuró:

—Es la primera vez que me ataca un muerto... Seguramente, al teniente y al fiscal, les encantará saber cómo has vuelto a la vida.

## CAPÍTULO XXI

Las pruebas eran varias. La primera de ellas era la bala hallada en el cuerpo de Hellen. Correspondía al revólver de Stuzzi, y además, como dato en principio curioso, el arma era la misma que se utilizó en el asesinato de Stuzzi...

Otra prueba la constituía la escritura fotografiada por Philip, y atribuida a un tal John Warner.

Tercera prueba. Stuzzi, en su testamento, se había adjudicado el nombre de Warner, y él mismo aclaró que lo había cambiado por Stuzzi, por lo cual Warner y Stuzzi eran la misma persona.

Pero esto último no podía ser porque una persona con el mismo rostro y rasgos físicos que Warner-Stuzzi había muerto asesinado en su propio despacho.

Esto era lo que se proponía aclarar el teniente, en presencia del fiscal y del propio Philip.

—Bien... De su revólver partió la bala que mató a Hellen, y de la misma arma surgieron otro par de balazos que terminaron con la vida de un hombre, que fue enterrado como si fuera usted mismo. Díganos quién era.

—Esto tendrán que averiguarlo ustedes —sonrió el editor.

—Basta de idioteces, Stuzzi. Por el asesinato de Hellen será condenado. Y de gracias que no exista la pena de muerte. Usted sabe que no saldrá de la cárcel en toda su vida... Y le acusarán también de la muerte de Richard.

—¿Murió ese hijo de perra? —preguntó tranquilamente.

—Sí. Cayó desde lo alto. Empujado por usted.

—¡Bah! Ni siquiera sabía pelear. He demostrado ser mucho más inteligente que él en todos los terrenos.

—No tanto, Stuzzi. No tanto. Si verdaderamente hubiese sido inteligente..., no le habríamos cogido.

—No diré nada, polizonte. Éste será mi gran secreto. No pueden

obligarme. Ya me han cazado. Pues gocen de su éxito. No pienso decir ni una palabra más.

Intervino Philip:

—¿Y qué dirá la señora Warner cuando se entere de que su hijo sigue con vida?

—¿Eeeh? —El editor pareció sorprendido.

—En mi opinión, Stuzzi, usted nunca ha sido el hijo de la señora Warner... Se demostrará, cuando le hagan un reconocimiento. Nunca le han operado de apendicitis, ni se hizo arreglar la dentadura, ni tiene cicatrices...

—¿Qué quiere decir?

—La madre del auténtico Warner cree en los espíritus. Ella piensa que su hijo la guiará desde el Más Allá... Por eso ha colocado toda la herencia que «usted mismo le legó» a nombre de una sociedad fantasma llamada Evertton. Seguramente, descubriremos que detrás de ese Evertton está usted...

—¡Maldita vieja! ¡Le dije que cerrara el pico! —Gruñó Stuzzi.

—Es una pobre mujer. No la maldiga. Le vale más hablar claro. Su dinero será confiscado igualmente, demostraremos ciertas anomalías en las cartas que Warner dirigía a su madre. Unas diferencias de letra... Un perito calígrafo demostrará que las firmas de Warner no siempre han sido iguales.

—¡Maldita vieja! —volvió a decir el editor.

A partir de ese momento las negativas de Stuzzi comenzaron a hacerse vacilantes. Al fin, accedió:

—Bueno. ¿Por qué no? Sí... Les explicaré todo. Que lo publiquen en todos los periódicos. La última gran edición de Stuzzi. Porque yo, señores, soy realmente John Stuzzi.

Y los reunidos se dispusieron a escuchar, por fin, el relato de un hombre que se jactaba de su astucia, de su triste astucia que, al fin y al cabo, no le había servido de nada.

## CAPÍTULO XXII

Elma ardía en deseos de conocer la verdad de labios de Philip, que en aquellos momentos salía de la central de Homicidios. La muchacha le había estado esperando en el coche.

De regreso en el auto, el abogado sintetizó la confesión que había efectuado Stuzzi, momentos antes:

—Hace unos cinco años, Stuzzi hizo un viaje por los estados del Centro. En determinada localidad, se encontró con mucha gente que le saludaba, sin que él la hubiese visto jamás. Incluso fue agredido por alguien, que le llamó ladrón. Eso le hizo sospechar en la existencia de otra persona físicamente parecida a él, y la encontró.

—¿Warner?

—Exactamente John Warner. Un tipo de baja catadura moral, que vivía a salto de mata, y muchos querían verle bajo tierra. Entonces a Stuzzi se le ocurrió la brillante idea de tener un doble. No era un simple capricho. En su mente retorcida, planeaba infinidad de cosas. Con un doble, podría tener siempre una coartada. Por ejemplo, podía ir a espiar a la competencia, y luego asegurar, ante testigos, que había estado en otro sitio, y, por otra parte, se le antojó una idea genial. Sus palabras fueron: «También hay políticos y jefes de Estado que tienen sus dobles». ¿Por qué no podía tener él uno, ya que se creía un genio?

—¿Tan parecido era ese Warner? —inquirió Elma.

—Lo era, pero la perfección no llegaba a tanto, y no fue sencillo. Stuzzi le llevó a un médico para que retocara su rostro y le convirtiera en su imagen perfecta.

—¿Y Warner aceptó?

—El retoque era poco, y el dinero hizo el resto.

—¿Y luego...?

—Tenía a Warner prácticamente recluido. Lo utilizaba sólo cuando le convenía y, a cambio, aprendió a copiar su letra y a

imitar su firma.

—Y la madre...

—Warner tenía una debilidad por su madre. Siempre le había mandado poco o mucho dinero. Cuando Stuzzi le prometió que jamás le faltaría el sustento, parece que Warner se decidió a hacer todo lo que el otro quisiera.

—¿Y así... durante cinco años?

—Más o menos. Incluso se hizo sustituir por él en la editorial. Sólo para comprobar que nadie sospechaba... Luego, volviendo al asunto de la madre, le mandaba personalmente el dinero, me refiero a Stuzzi, y le escribía para comprobar si la señora Warner notaba alguna diferencia, y no la notó, aunque la imitación de la letra no era tan perfecta como para hacer dudar a un calígrafo. Pero, seguramente, Stuzzi jamás pensó que eso pudiera tener mucha importancia, porque, en realidad, cuando supo cómo podía emplear realmente a su doble, fue al enterarse de que Richard planeaba matarle para luego disfrutar su herencia, que suponía iba a pasar a manos de Hellen.

Tras una pausa, el abogado continuó:

—Entonces Stuzzi pensó que había llegado la hora de vivir bien, empezando una nueva vida con todo el dinero que había ganado, sin compartirlo con nadie. El muerto sería Warner, pero, para todo el mundo, el difunto iba a ser Stuzzi. El dinero lo mandaría a la madre de Warner, a la que luego «aconsejaría en espíritu» lo que debía hacer con él. Y no tuvo la menor dificultad en llevar a término la primera parte del plan. El sabía que aquella tarde Richard iría a matarle, por lo que hizo venir a su doble. Le dejó en la sala contigua hasta que sus visitantes se fueron. En aquel momento...

Como si el abogado pudiera ver la escena narrada por el protagonista de aquella historia, imaginó a Stuzzi entrando en la salita, sacando su revólver y ordenando al estupefacto Warner que se sentara en su butaca.

Apenas Warner estuvo sentado, disparó dos veces a quemarropa. No le importaba el ruido porque sabía que los estampidos no podían ser oídos más allá de las paredes. Acto seguido, esperó los acontecimientos, que no tardaron en producirse.

Escuchó la llamada de Richard y el zumbido del

intercomunicador. Abrió la conexión de éste último, y escuchó la voz del portero, que trataba de informarle que había visto a alguien en la oficina.

Entonces Stuzzi, con su grabadora portátil en marcha, dejó oír su propia voz, impresionada de antemano, que decía:

—«No, Caine. No haga usted esto...»

Las palabras de su grabadora portátil quedaron impresionadas en la del intercomunicador. Entonces ya no tenía que hacer otra cosa que huir. Calculó el tiempo y, mientras el portero subía por el conducto normal, él utilizaba el ascensor privado para bajar a la planta inferior, y desaparecer, tras haber reenviado el ascensor arriba. Oficialmente, estaba muerto.

—Pero su error —concluyó el abogado— fue su afán de notoriedad. Parodiando la novela de Richard Caine, quiso aparecer en público. A mí, por ejemplo, que era su defensor, y a la madre de Warner. Todo ello era una comedia, dedicada a Richard. Una comedia para mantenerle en la duda, pero que, indefectiblemente, no le ayudaría en absoluto en el juicio.

Tras una pausa, detuvo el auto frente a la casa de Elma. Habían llegado ya.

—Fue su afán de rebuscar las cosas lo que le perdió. Quiso saborear lo que creyó una idea genial, un crimen perfecto, y ahí falló, porque no podía contar con la reacción de la madre de Warner, ni con lo relativamente fácil que resultó que ella hablara.

—O sea que, de no ser por estos detalles, hubiera conseguido su propósito.

—Pues... No sé, pero casi siempre hay un detalle que falla. Y es que en las novelas todo ocurre según se ha planeado. En la realidad, las cosas son diferentes porque los personajes creados por un escritor, muy superior en inteligencia al resto de los mortales, actúan como seres humanos que son, cada cual razona a su manera. Y es difícil saber cómo va a reaccionar cada uno.

Y haciendo una suave transición, inquirió:

—A propósito. ¿Me invitas a tomar una copa?

—Estaba deseando que me lo pidieras —sonrió ella.

## EPÍLOGO

Ha transcurrido una noche más. Jane, una jovencita de aspecto candoroso, ha ido al cementerio a depositar un ramo de flores a la tumba del hombre en quien creyó: Richard Caine.

Una muchacha que hubiese hecho cualquier cosa por un hombre que no la merecía. Ella llora, pero ese llanto de ahora puede que la haya librado de cosas peores...

La vida sigue.

El teniente ha dado un carpetazo al asunto, y el ayudante del fiscal prepara el nuevo caso. La acusación de asesinato contra John Stuzzi.

El abogado Philip ha hecho un gran servicio a la justicia, sin intervenir en ninguna sesión, pero sus pesquisas han resultado decisivas, y ahora descansa en casa de Elma. Acaba de despertarse. La noche le ha pasado como un soplo.

Se están besando, felices...

¡Un momento! El tiene algo que proponerle...

—Elma... ¿Has pensado alguna vez en contraer matrimonio?

—Pues..., bueno... Creo que sí.

—¿Y por qué no te has casado?

Ella sonríe. Contesta simple y llanamente la verdad:

—Es que nadie me lo ha propuesto.

Philip se aclara la voz. Seguramente está pensando en la conveniencia de ser él el primero en hablar seriamente del asunto con Elma.

De momento, prefiere volver a besarla.

FIN



# **SORTEO DEL MILLON**

## **PISO Y COCHE O UN MILLON**

**SOLO PARA ESPAÑA** ¡UN MAGNIFICO PI-  
SO Y UN MODERNO  
COCHE PUEDEN SER SUYOS!  
O SI LO PREFIERE

## **¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!**

Basta con que resida en España y nos envíe el  
cupón que, junto con las instrucciones y bases  
para tomar parte en este sensacional sorteo,  
hallará en las últimas páginas de todas las  
novelas que Editorial Bru-  
guera, S. A. publica en sus  
populares colecciones fe-  
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA  
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute  
de unas horas de grata lec-  
tura, envíe el cupón ... y



**¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.**



